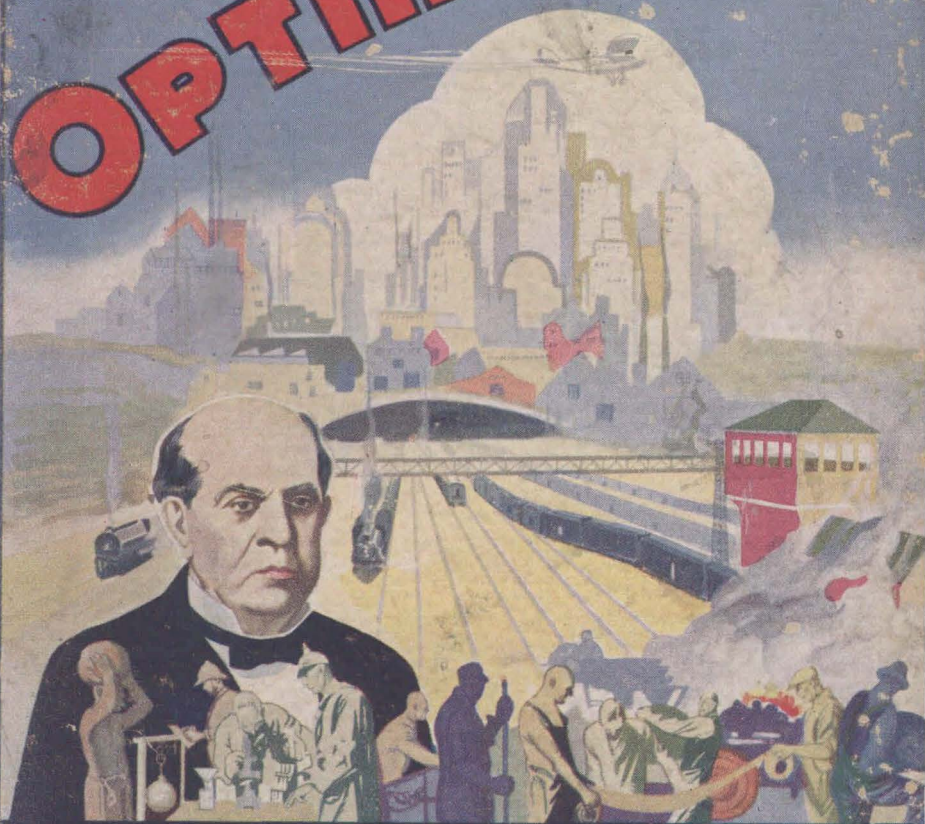


OPTIMISMO



Texto de lectura para 3^{er} C^{do}
 POR
JOSE D. CALDERARO

Editorial Independencia

PRECIO \$ 1.50

JOSE D. CALDERARO

U. R.
B. N. de C.
Exp. 2852-B/934

OPTIMISMO

Texto de lectura para tercer grado

3^a EDICION



30464



EDITORIAL INDEPENDENCIA

MORENO 487 — BUENOS AIRES

1933

134 x 175

Queda hecho el depósito
que marca la ley 7092.

EL OPTIMISMO DE UN GRAN ARGENTINO

Sarmiento fué un optimista. Lo fué desde niño, cuando leyendo y estudiando adquirió confianza en el saber.

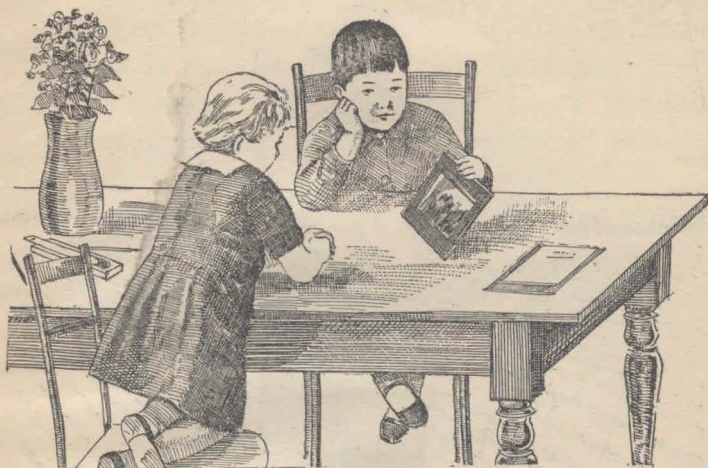
Lo fué en su juventud, cuando las luchas, las dificultades y las amarguras no le hicieron perder la confianza en sus energías.

Lo fué en su edad madura, cuando le tocó dirigir la suerte de la patria.

La confianza del niño, la del joven, la del adulto, se convirtieron en la confianza del patriota, que gobernó a su país con la clara visión de que algún día sería próspero y grande.

El retrato de Sarmiento, que adorna la tapa de este libro, ha de recordarte al más optimista de nuestros hombres ilustres.

Sé, tú también, optimista desde ahora, y lo serás siempre.



ESTE LIBRO

Preguntada una madre, qué deseaba para sus hijos, contestó:

—Que sean buenos, inteligentes y sanos.

Así deseo que sea este libro: sano por sus consejos; bueno por los sentimientos que sepa despertar; inteligente por sus enseñanzas.

Ojalá logre ser para vosotros, bueno, inteligente, sano, para que resulte vuestro mejor amigo.

Sólo así podría llevar dignamente el nombre de libro útil.



LA SIEMBRA

El libro en manos de un niño es como la siembra de los nobles labradores.

El labrador arroja la simiente y deja que la fértil tierra produzca los frutos esperados.

El libro también.

En estas páginas, en cada palabra, en cada frase, va la semilla de una idea benéfica.

Aprovéchalas, niño; cultívalas con tu bondad y tu inteligencia, porque las palabras de este libro van dirigidas a tu corazón.

La cosecha que recojas te beneficiará algún día; y entonces dirás:

—¡Cuánto bien me hizo aquella lectura!



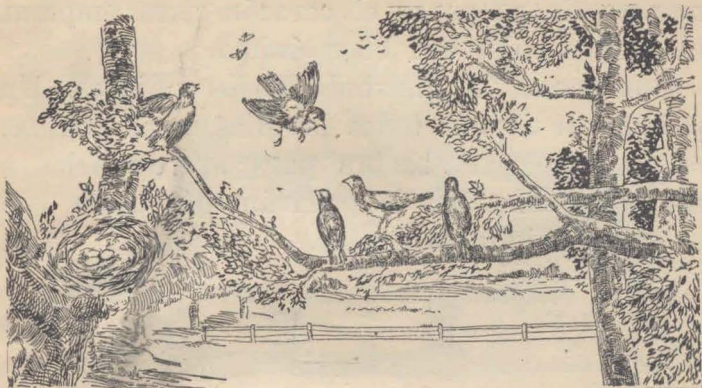
EL CORAZON DE UN NIÑO

Cuando hablamos de la bondad de un niño, decimos que su corazón es como un cofre de oro.

Diríase que guarda en él nobles sentimientos, bondad pura, hondo cariño para los seres y las cosas.

No diremos lo mismo de aquel que es desobediente, caprichoso, egoísta; rebelde con sus padres, malo con sus hermanos y amigos, cruel con los animales y las plantas.

El buen corazón es lo único que hace estimables a los niños; y tú que lees esto, has de preocuparte por templar el tuyo en el cariño, en la bondad y en la nobleza de una conducta intachable.



EL CANTO DE LOS PAJAROS

En las alegres mañanas que llenan de luz todas las cosas, nada más grato al oído y al corazón que el bullanguero cantar de los pájaros.

Es el saludo de las aves al sol que asoma sobre el horizonte.

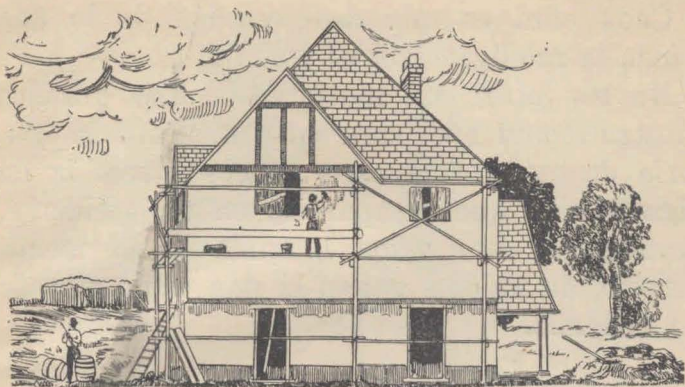
¿Quién no se alegra en ese instante en que todo se inunda de luz y color?

Aplaudamos a esos pequeños cantores de los árboles, músicos admirables de los bosques y las selvas, que comienzan el día con una manifestación de júbilo.

Imitemos a los pájaros. Ellos nos enseñan la

manera de preparar el corazón para empezar cada nuevo día con buen ánimo.

Busquemos la amistad de los pájaros. Un puñado de alpiste todos los días, unas cuantas migajas de pan, bastan para aproximarlos a nosotros. Ellos nos lo pagarán más tarde, con su dulce y jubiloso cantar.



LA OBRA

Hombres fuertes y sanos, de manos callosas, levantan poco a poco la obra.

Primero, limpiaron el terreno; luego, bajo la dirección de los técnicos, trazaron en el suelo las líneas de la futura construcción.

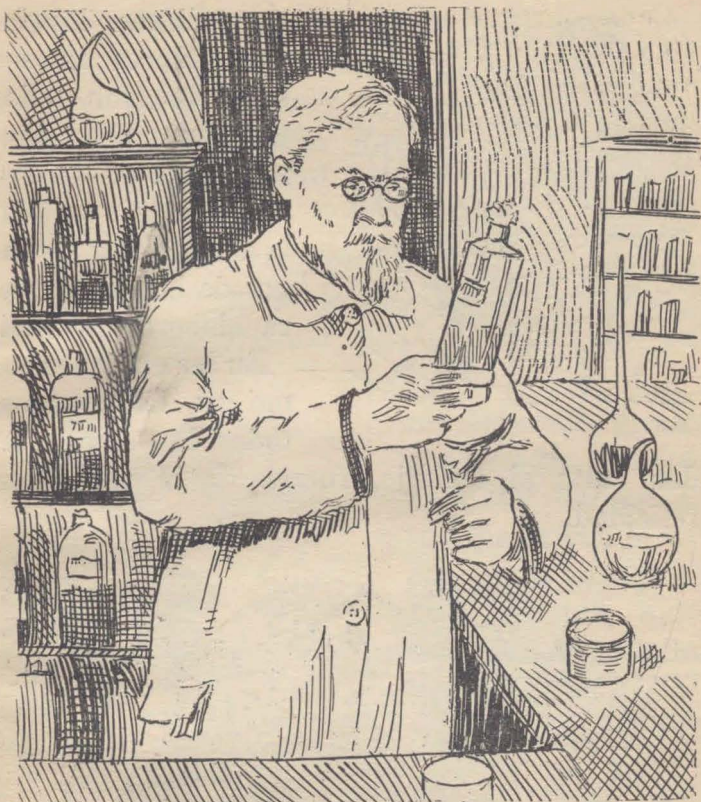
Levantaron los cimientos, ladrillo sobre ladrillo; amasaron la mezcla, armaron los techos, pintaron, martillaron y se cubrieron de sudor.

Son, sin duda, hombres fuertes y dignos, nobles sostenedores del progreso.

Gracias a ellos se levanta la obra, que es el resultado de muchos esfuerzos, capaces de hacer algo de la nada.

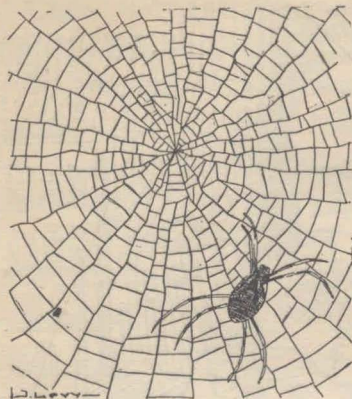
Cada obra es una demostración de lo que puede la inteligencia y el trabajo.

No las mires con indiferencia. Las grandes construcciones encierran en sus muros la historia de esos esfuerzos, y muchas veces la de alguna vida que desapareció en un accidente, llevada por ese valor humilde y no menos heroico, de los que ganan el pan en lo alto de un andamio.



OCIOSIDAD Y TRABAJO

En cualquier parte hacia donde dirigamos nuestra mirada, no hemos de ver sino actividad. Los labradores en el campo, los artesanos en



sus talleres, los investigadores en sus laboratorios, todos trabajan. Los pájaros hacen sus nidos, la araña teje su tela, la abeja busca los jugos de las flores para elaborar la miel.

En las ciudades como en los campos, todos los seres rin-

den culto al trabajo, fuente de la verdadera felicidad.

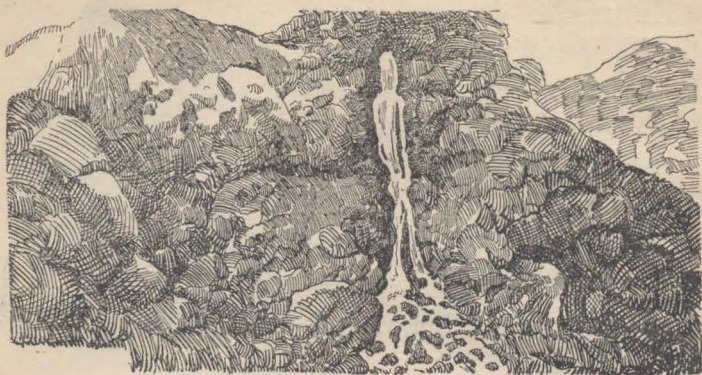


En medio de ese espectáculo, ¿quién será capaz de vivir sin hacer nada, sin tener una obligación que le haga pensar en el trabajo?

Un ser ocioso en medio de los que trabajan, es indigno. Puedes afirmar que



no merecería el aire que respira. Compáralo con los parásitos que viven a expensas de otros que los sustentan, quienes pierden por ellos sus propias energías.



EL MANANTIAL

¿Sabes qué es un manantial? ¿Lo has visto alguna vez entre las rocas, cuando paseabas por las sierras?

¡Qué fresca y pura es el agua de los manantiales!

Tiene la frescura de las mañanas serranas y la pureza de los cielos primaverales.

El agua del manantial surge de entre las piedras, y baja saltando por los peñascos.

Aumenta su caudal con la nieve que se derrite en las altas cumbres, donde todo es puro; y mantiene su pureza en el curso de su camino, porque no se aparta de él.

El manantial es para nosotros como una fuen-

te de enseñanzas. En el suave rumor de sus aguas nos dice que los sentimientos, para ser buenos como el agua pura, deben venir de muy alto y no desviarse nunca de su rumbo.

LA RÁBIDA

A la puerta de un convento
golpea un pobre mendigo;
el sol, el hambre y el viento
lo baten, y pide abrigo.

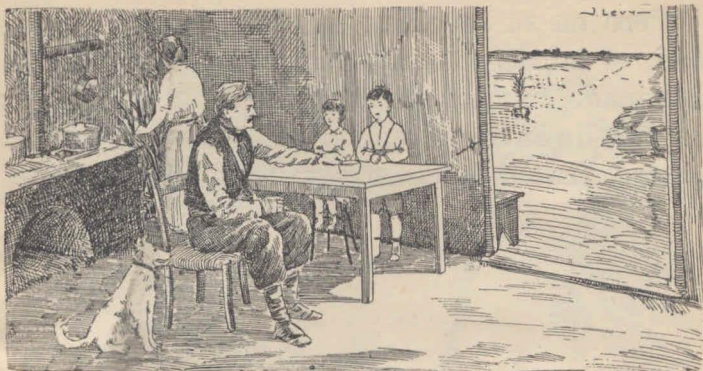
Lleva un hijo pequeñuelo,
pálido y triste el semblante;
por él pide suplicante
pan a los hombres y al cielo.

Ha sonado la campana,
y un monje con voz serena:
—Aquí hay abrigo y hay cena—
les dice; os iréis mañana.

—Cena busco y busco abrigo—
contesta meditabundo;
¡llevo en mi cabeza un mundo
y un humilde pan mendigo!

—¡Al cielo alzad la oración,
alzad al cielo los ojos!—
clamó el monje; y vió de hinojos
ante la Cruz a Colón.

EDUARDO DE LA BARRA.



EL LABRIEGO

El labriego conoce pocas cosas del mundo, pero ha visto salir y ponerse el sol en mañanas y atardeceres maravillosos.

Es un hombre rústico, pero bueno, de cara bronceada y sentimientos generosos.

Cultiva la tierra con amor; sus instrumentos de trabajo son sus instrumentos de placer.

Ya maneje la pala, el pico, el rastrillo o el arado, siempre tiene en sus labios una sonrisa. Es un hombre feliz.

Su vida es sencilla, su morada modesta, su alimentación frugal, su ropa humilde, su corazón grande.

Tal es el labriego.

Pero en su sencillez, en su simpática humildad, el labriego es el señor del campo. Lo ha dominado muchas veces, haciéndole rendir los regalos de la tierra, en valiosos cereales, jugosos pastos, frutas dulcísimas y maravillosas flores.



AMEMOS Y RESPETEMOS LOS ARBOLES

Y siento por los árboles una honda simpatía.
Los árboles son mis amigos.

Ellos nos dan sombra en el verano y leña de sus troncos para el fuego que en invierno calienta el hogar. Y también nos prodigan sus flores y sus frutos.

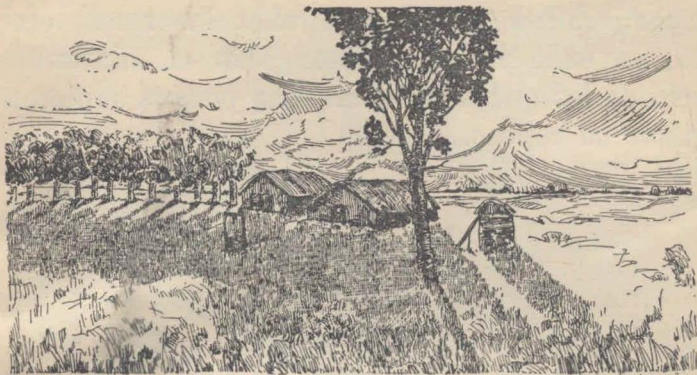
Los árboles parecen haber nacido para dar, sólo para dar.

Una cosa piden: un poco de agua que humedezca la tierra que los sustenta.

A cambio de tan poco, nos devuelven su inagotable generosidad.

Merecen, pues, nuestros cuidados y ese respeto que se guarda a los buenos amigos. ¿Lastimarías tú, acaso, a uno de tus compañeros con un cortaplumas, para grabar tu nombre sobre su piel? Y, sin embargo, hay quien lo hace en la corteza de los árboles, para proporcionarse una satisfacción inútil.

Deja tranquilo tu nombre. Las buenas obras que hagas se encargarán de grabarlo en todas partes.



LA MAÑANA

Ruidos que alegran; un sol tibio, aire perfumado, cantos de labriegos que inician sus labores, agitación en los nidos; bullicioso despertar de hombres y de cosas: así suelen ser todas las mañanas.

De las horas del día, esas son las de la esperanza. Nos inspiran honda fe para emprender nuestro trabajo; nos llenan de nueva luz los ojos y reaniman nuestro corazón.

¡Encantadoras mañanas! Horas bellas y llenas de atractivos; en ellas parece más grato el aroma de los campos, cubiertos de rocío.

Todos los que trabajan, los que saben cuantas

satisfacciones procura la vida laboriosa, empiezan cada nueva mañana con el admirable brío de los que han descansado porque supieron ganar su reposo.



LA BANDERA ARGENTINA

El más alto símbolo de la patria es la bandera.

La bandera argentina fué creada por el General Manuel Belgrano, y enarbolada por primera vez en las barrancas de Rosario, junto a las baterías “Libertad” e “Independencia”, el día 27 de febrero de 1812.

Los heroicos soldados de Belgrano fueron los primeros en jurarla, la primera vez en Jujuy, el día 25 de Mayo de 1812, y la segunda el 13 de

febrero de 1813, a orillas del río Pasaje, que desde entonces se llamó río Juramento.

El patriotismo de Belgrano hizo de nuestra bandera un símbolo que hablará de su nombre glorioso a todos los argentinos, por siglos y siglos, sobre el dilatado territorio de nuestra patria libre.



LA CARRETILLA

Una rueda por delante, una especie de caja montada sobre el eje, dos mangos largos: he ahí la carretilla, un instrumento de sorprendente utilidad.

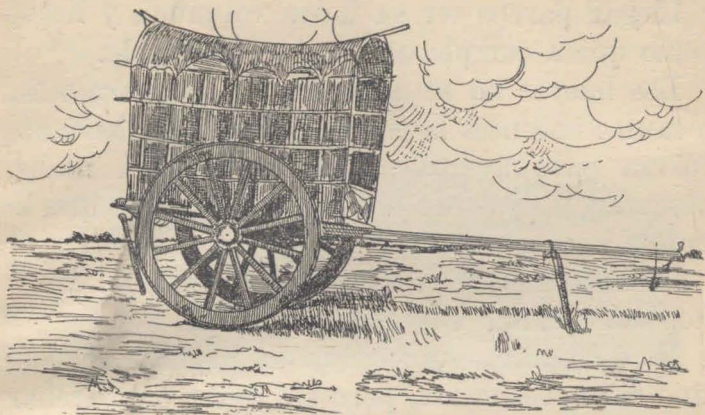
La carretilla es una palanca: aumenta la fuerza del que la usa. Con ella pueden transportarse grandes pesos, que un solo hombre no podría llevar de otra manera.

Cuando la carretilla se mueve por los caminos de la huerta o de la granja o por entre los muros en construcción, todos adivinan su presencia. Generalmente la carretilla no es silenciosa. Al andar se acompaña con un ruido monótono. ¿Quién no lo ha oído alguna vez?

El ruido de la carretilla es simpático al hombre que trabaja, porque le indica que cerca de él está su incansable ayudante.

Dirás que ese ruido puede evitarse fácilmente lubricando el eje, y que cuando así no se hace ha de ser porque el dueño de la carretilla es un hombre negligente; pero tal vez el que la maneja prefiere acompañarse, durante el trabajo, con su chirrido monótono.

También nosotros, cuando vemos una carretilla inmovilizada, nos tentamos por hacerla andar, para oír cómo canta su rueda.



LA CARRETA

Yo he visto la carreta, en la que en otros tiempos viajaron nuestros abuelos, arrastrada por los bueyes pacientes, avanzando lentamente por los caminos.

La he visto levantar nubes de polvo en las épocas de sequía, y hundir sus pesadas ruedas en el barro pegajoso, después de las grandes lluvias.

La carreta marcha incansablemente: se diría que su consigna es no detenerse nunca.

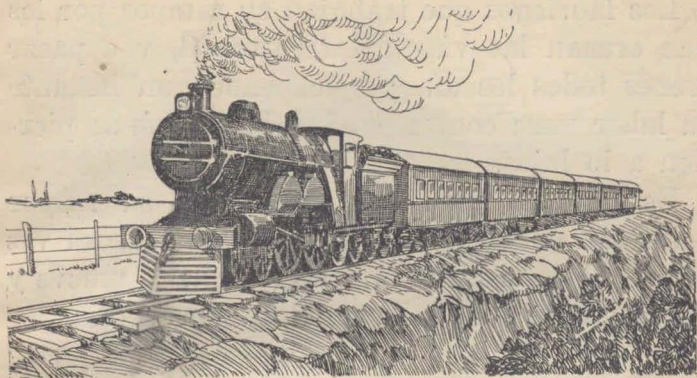
Nada parece importarle la enorme distancia que ha de recorrer y la lentitud de la marcha con que avanza.

Llegar parece ser su única voluntad, y llega, como quien cumple un destino inevitable.

Los bueyes no se detienen; el carretero silba o canta: entonces la carreta dispone de bastante fuerza para avanzar. Cuando llega la noche, descansa y sirve de albergue al hombre que la guía .

Al amanecer, ya está de nuevo sobre el camino, balanceando su enorme silueta.

Es ejemplar esta manera de llegar a su destino sin apresurarse, pero sin dejar de marchar un solo día.



EL TREN

Primero un rumor sordo, luego una fuerte trepidación, por último un estrépito ensordecedor.

Es el tren que llega, después de haber devorado distancias, yendo de pueblo en pueblo, cruzando extensos campos.

El tren es una manifestación del progreso de un país; cuantos más ferrocarriles, mayor civilización, mayor cultura.

El ferrocarril acorta las distancias y estrecha las relaciones entre los hombres.

Quizá por eso la contemplación de un tren en marcha es un espectáculo agradable.

Los labriegos que trabajan en campos por los que cruzan las vías del ferrocarril, ven pasar trenes todos los días; y suspenden un instante su labor para contemplarlos, hasta que se pierden a lo lejos.

Es que un tren que corre con su mayor velocidad despierta siempre la atención, tal vez porque da una idea de la fuerza que lo mueve y del beneficio que va llevando a todas partes.



LA TARDE

Silencio que invita al descanso, como si el ánimo se preparase para el reposo de la noche; el sol extinguiéndose para quienes lo contemplaron durante el día, mientras regresan a sus viviendas los hombres y los pájaros; sereno recogimiento en todas las cosas: así es la tarde.

Sus horas parecen llamar a la meditación.

El día ha terminado, y pensamos: ¿Lo hemos aprovechado bien? ¿Qué labor honrada hemos hecho? ¿Hemos sido buenos, justos, veraces?

¿Podemos entregarnos al reposo, tranquila la conciencia y limpio el corazón?

Si alegre puede ser la mañana, la tarde suele ser la hora más feliz para el hombre que cumplió con su deber.

¡Qué hora más lúgubre, en cambio, para aquel que ve avanzar la noche, con miedo de que durante su silencio la conciencia le acuse de alguna grave falta!

Ojalá todas las tardes sean alegres y serenas para vosotros.

LA INFANCIA

Cielos azules,
nubes de nácar,
limpios celajes
de oro y de grana;

campos floridos,
verdes montañas,
valles amenos,
cumbres lejanas;

ricos paisajes
de sombras vagas
que misteriosos
pinceles trazan;

luces que vienen,
luces que pasan,
nidos que pían,
aves que cantan;

ángeles bellos
de blancas alas,
sueños de oro,
cuentos de hadas;

días risueños,
noches calladas
en que discurren
negros fantasmas;

ecos del aire,
voces del agua,
vagos perfumes
de esencia varia;

mucha alegría,
mucha esperanza,
pocas tristezas
y algunas lágrimas...

Esa, hijo mío,
flor de mi alma,
esa es tu vida,
esa es la infancia.

JOSÉ SELGAS.



EL JARDINERO

Realiza el jardinero una labor simpática: cultiva flores, y para ello cuida de las plantas, las riega, las cura.

Es un enamorado de las rosas, de los jazmines, de las azucenas, de los claveles y de las amapolas.

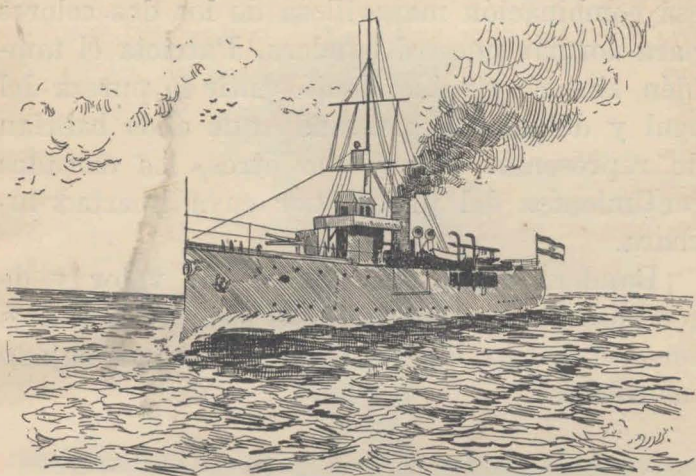
Es grato verlo en el jardín con sus herramientas de trabajo, prodigando minuciosos cuidados a sus plantas.

El jardinero ama su oficio y está orgulloso de él, porque le permite pasar las horas bajo el encanto de flores delicadas y hermosas, que aroman el jardín y los invernaderos.

Se diría que, agradecidas a los cuidados que

aquél les prodiga, le devuelven en satisfacciones sus desvélos, siendo más frescas y vistosas.

Las flores, más que otros productos de la tierra, parecen sentir las consecuencias del abandono o del descuido. Una planta cuyas flores se inclinan marchitas por la falta de un poco de agua que humedezca su raíz, denuncia, sin hablar, a su dueño, despreocupado u holgazán.



LOS COLORES DE MI BANDERA

Los colores de mi bandera son hermosos. Mi entusiasmo patriótico suele decirme a veces que son los dos colores más puros que existen: el azul de los cielos serenos y el blanco de las nieves de nuestra cordillera.

Cuando la bandera flamea al viento sobre los edificios públicos, en los barcos mercantes, en los navíos de guerra, en los días de grandes júbilos, parece una copia del cielo, apenas cruzado por una ligera nube blanca.

El General Belgrano, su creador, descubrió

esa combinación maravillosa de los dos colores para formar nuestra bandera. Patriota él también, sincero y noble, debió sentir la pureza del azul y del blanco, pensando que ellos habrían de representar mejor que otros, los elevados sentimientos del pueblo por cuya libertad luchara.

¡Bandera argentina, símbolo de valor y de generoso patriotismo, puestos siempre tan altos como el cielo y las nieves de donde han bajado tus colores!



UN RAMO DE FLORES

¿Habrá algo más delicado, más atrayente que un ramo de flores?

Sobre la mesa del comedor, hace más amable el momento en que la familia o los amigos se sientan a ella; sobre el escritorio, parece que avivara el deseo de trabajar; en una habitación, la embellece, la realza; en cualquier parte, pone con sus perfumes y sus colores un soplo de primavera, un motivo de atracción para las

miradas, aun de aquellos que se dicen indiferentes.

Pero el mayor encanto de las flores parece existir en las que no han sido desprendidas de la planta. Allí conservan toda la vivacidad de sus tonos, halagan constantemente con su aroma, y hacen la alegría de los patios, de los balcones y hasta de las mismas habitaciones, por cuyos cristales se contempla el espectáculo del jardín.

Cultivar flores vistosas y saber conservarlas, llenando de macetas todos los sitios del hogar en que ello es posible, es una actividad que proporciona hondas satisfacciones a quien la practica.



LA REGADERA

Si las plantas pudieran pensar y sentir, imaginárianse que la regadera es un ser providencial.

Esta, produciendo la caída del agua en forma de lluvia, hace circular la savia y brotar la vida en las hojas y las flores.

¡Qué simpática es la regadera!

A decir verdad, todos los útiles de labranza son atrayentes.

La regadera también lo es, con su cuerpo en forma de cilindro achatado, con su mango curvo, con su pico terminado en un recipiente

que transforma el chorro de agua en finísima lluvia.

Y resulta una tarea muy grata la de dar agua a las plantas. Con el aroma que despiden la tierra humedecida, un nuevo verdor parece reanimarlas, y una frescura tonificante se levanta del suelo.

Digamos nosotros que la regadera es, para los jardines, como un misterioso ser providencial.

D I A D E F I E S T A

Suena, pastor, tu flauta campesina
pues es día de fiesta esta mañana;
bien lo anuncia el volar de la campana
bajo la suave gloria matutina.

Suena, pastor, y suena la más fina
canción que sepas por lo buena y sana;
hoy es fiesta, pastor, y no tan vana
ya que ella en todo se adivina.

Pastor, recoge la mejor manzana;
corta, pastor, la rosa más divina
y aparta la ovejita más galana,
y en una canastilla diamantina
pon la rosa divina y la manzana;

y sonando tu flauta campesina
ve por toda la aldea
anunciando que es fiesta esta mañana.

ALFREDO R. BUFANO.



LA HUERTA

La huerta es mi sitio predilecto. Allí voy todos los días a caminar. Es ese un ejercicio saludable y, más aún, si se respira el aire puro, perfumado con el aroma de la huerta.

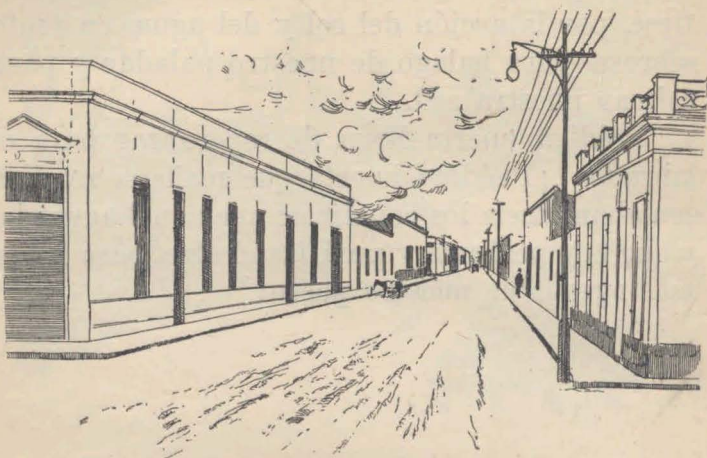
Allí hay de todo: legumbres, verduras, árboles frutales. En la primavera, cada uno de éstos es como un maravilloso ramillete.

Algunos árboles se cargan en tal forma, que sus ramas se inclinan como agobiadas por el peso de tantas flores.

Muchas veces me he deleitado contemplando el hermoso aspecto de los durazneros florecidos.

Y he pensado que cada flor habría de convertirse, por la acción del sol y del agua, en fruto sabroso, para halago de nuestro paladar y para calmar nuestra sed.

¡Pródiga huerta llena de esperanzas para el labrador! ¡Pródiga huerta que mañana rendirá con abundancia los beneficios que aquél aguarda, y que hoy perfuma y purifica el aire, para hacer más agradable nuestro paseo!



CALLE DE PUEBLO

Casas bajas con puertas cerradas, ventanas de rejas y paredes de ladrillos vetustos, cubiertos de musgo.

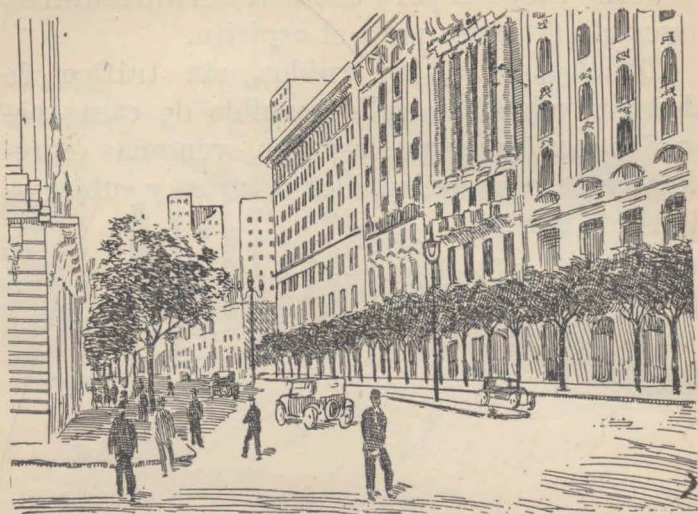
Larga calle silenciosa, casi solitaria. Algunos árboles colocados sin orden. Faroles sin vidrios.

De vereda a vereda un camino polvoriento, donde apenas se marcan las huellas de los carros.

Calle tranquila de pueblo, casi sin transeún-

tes; calle propicia para caminar sin apresurarse, buscando descanso para el espíritu.

¡Deliciosa calle sin ruidos, sin tráfico de alocados vehículos; calle humilde de casas pequeñas con puertas cerradas, ventanas enrejadas y paredes de ladrillos vetustos y cubiertos de verde musgo!



CALLE DE CIUDAD

Edificios de varios pisos; casas de comercio con amplias vidrieras adornadas.

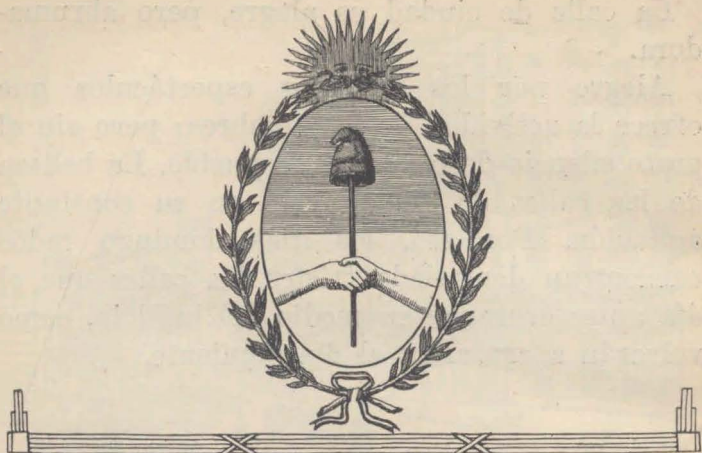
Automóviles que pasan veloces haciendo oír sus estrepitosas bocinas; tranvías que agitan sus campanas; carros, coches, pesados vehículos de marcha violenta.

Tráfico intenso de peatones; hombres, mujeres y chicos que caminan apresuradamente.

Movimiento, ruido, inquietud, prisa.

La calle de ciudad es alegre, pero abrumadora.

Alegre por los variados espectáculos que ofrece la actividad de los hombres; pero sin el grato silencio de las calles de pueblo. La belleza de las calles de ciudad está en su constante agitación. Por eso, los días domingo todos encuentran demasiado tristes las calles que el día antes cruzaron en medio del bullicio, como volverán a cruzarlas el día siguiente.



EL ESCUDO ARGENTINO

El escudo argentino fué creado por un Congreso, conocido en la Historia con el nombre de Asamblea del año 13.

Está constituido por un óvalo, cuya mitad superior es azul, y blanca la inferior. Sobre el centro del escudo dos manos entrelazadas, que representan la fraternidad, sostienen el gorro de la libertad.

Ese gorro, por su forma y color, imita al que usaban los esclavos libertados en los pueblos de la antigüedad.

El sol naciente, sobre la parte superior del óvalo, parece iluminar aquel símbolo, que completan dos guías de laurel.

Tal es el escudo argentino, el blasón de nuestra patria, forjado en los días en que se preparaba su independencia.



LA NATURALEZA

Cielo azul, ligeras nubes blancas sobre el horizonte.

Olor penetrante a tierra mojada; hora de quietud y de silencio, apenas alterado por rumores que vienen de lejos; cantos de pájaros, ladridos, voces de labradores.

Un arroyo corre entre los matorrales, tan oculto que se diría avergonzado de su pequeñez.

Los cardos con sus flores vistosas decoran el paisaje; como adheridas a la tierra, en apreta-

dos macizos, las humildes violetas dan su aroma suave.

Y recortándose sobre el fondo del cielo, a lo lejos, el perfil de una loma, en cuya parte más alta una casita blanca se resguarda bajo la enramada de frondosos árboles.

He ahí uno de los muchos cuadros que la naturaleza parece haber compuesto para nuestra admiración.

Acostúmbrate a descubrirlos tú mismo. El espacio de un pequeño cuadrado recortado en una tarjeta, y puesto delante de los ojos, basta para encerrar escenas y espectáculos llenos de belleza y de interés.



EL CAMINO DE CASUARINAS

Para llegar al chalet de la estancia debemos recorrer un largo camino de casuarinas, de hermosa perspectiva.

Las casuarinas son árboles que alcanzan gran altura, y cuyo follaje termina en punta.

El camino, de veinte metros de ancho, está bordeado por dos hileras de esos árboles, colocados uno frente a otro.

En los días de grandes calores, el sol apenas filtra sus rayos a través del follaje, y se siente un grato frescor. Y cuando llueve, los árboles

protegen durante largo rato al caminante que se resguarda bajo su ramaje.

El camino de casuarinas es así un refugio contra las lluvias y un amparo contra el sol ardiente de los veranos, que resquebraja la tierra y fatiga a los viajeros.



EL ARROYO

Arroyito que traes el agua desde lejos; pareces a la distancia un hilo cristalino. Arroyito que creces con las lluvias y desapareces con las sequías; que cruzas el campo regalando frescura y vida a las plantas que encuentras en tu camino.

En tus aguas el ganado apaga la sed y los niños campesinos se bañan y juegan.

Cuando la luna brilla en lo alto, arroja sobre

tu superficie chispazos plateados que tiemblan en la quietud de tus aguas.

Arroyo que fecundizas la tierra, grato al hombre del campo; pareces correr en su ayuda.

No sólo sirves de espejo al sol, a la luna, a las estrellas; más de un pastor peinó sus cabellos mirándose en tus aguas claras.

En tus orillas, bajo los sauces que a trechos te dan sombra, suelen reunirse los pájaros que acuden en horas de calor; y allí, disputándose la rama donde sólo uno puede apoyarse para beber, desgranán sus gritos, que semejan una bulliciosa charla.

LIMOSNA

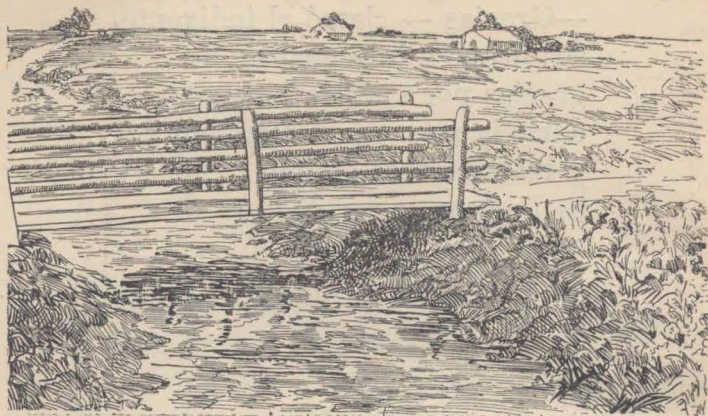
Pobre, astroso, desvalido,
con acento dolorido,
de mis pasos yendo en pos,
pidióme un débil anciano
tendiendo la sucia mano
una limosna, por Dios.

Al oír su voz plañidera
sentí compasión sincera
y lo quise remediar;
mas no llevaba conmigo
nada que dar al mendigo
para su hambre mitigar.

—Perdón, no llevo dinero—
dije al pobre pordiosero;
perdón, amigo, perdón;
y, tendiéndole la mano,
estreché la del anciano
con ternura y emoción.

—Gracias — clamó el indigente,
suspirando dulcemente:
gracias por vuestra bondad:
darle la mano a un mendigo
y tratarle cual amigo
es limosna y caridad.

IVÁN TOURGENEFF.



EL PUENTE

Ofreciendo fácil paso entre las dos orillas, está el puente.

El río, debajo de él, pasa haciendo oír el rumor de sus aguas.

Por sobre el puente transitan las personas, llevando sus afanes, sus dolores o sus alegrías.

Por eso el puente ha de parecerte una de esas obras admirables que este libro te enseñará a conocer.

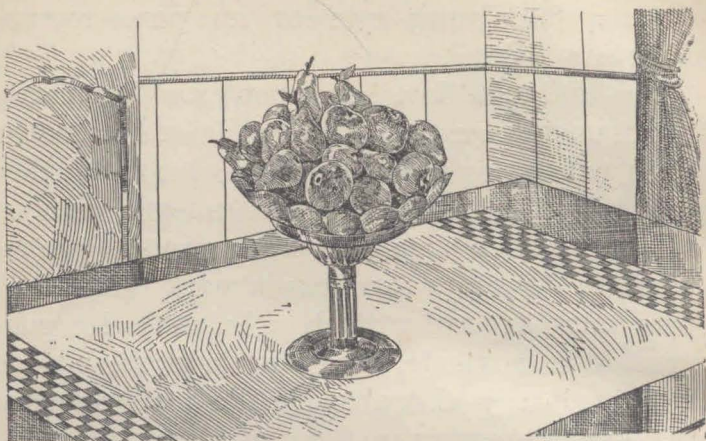
Los puentes son símbolos de unión; sirven para vincular a los hombres.

Donde existe un puente, parece que alguien

dijera: “Adelante; este es un paso seguro, abierto a todos”.

Los antiguos llamaban puentes a los mares, precisamente porque los mares, lejos de separar a los países, los unen, acortando las distancias.

Admiremos la utilidad del puente, aunque sea ese humilde puente de palos y ramas que los hombres de campo construyen para facilitar el paso sobre arroyos y riachos. Salvando los peligros de la corriente, hace posible el tránsito de las personas y el transporte de los productos que éstas se procuran para su bienestar.



LA FRUTA

Sobre la mesa del comedor, en una frutera de cristal, lucen sus colores rojizos grandes manzanas, y sus tonos amarillentos y dorados algunas peras en sazón.

En la corteza de las manzanas, los reflejos de la luz descubren raros matices.

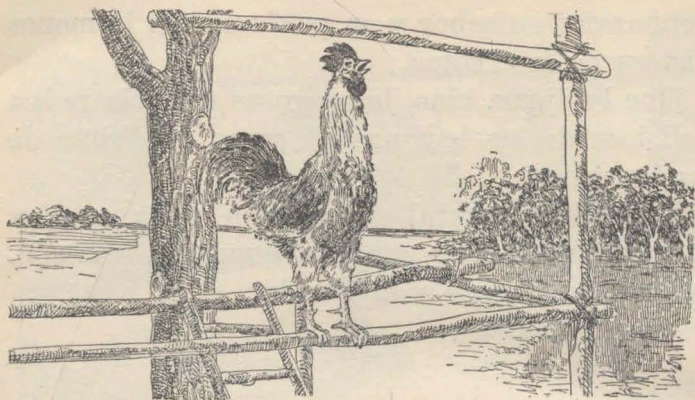
Hay allí formas y colores gratos a la vista. El comedor está perfumado. De aquellas frutas se exhala un aroma delicado que embalsama el aire.

La fruta es un don de la naturaleza. Ningún manjar hecho por la mano del hombre puede

compararse en sabor y en perfume con la menos vistosa de las frutas.

Que lo digan, sino, las jugosas uvas, la pulpa deliciosa de las bananas, el zumo dulcísimo de las naranjas.

Una planta frutal en el patio de la casa es como un compañero generoso que, años tras año, nos regala la vista y el paladar.



EL CANTO DEL GALLO

Cuando termina la noche y comienzan a encenderse las primeras luces del alba, el gallo canta.

Canta estridentemente. Erguido sobre el palo o la rama más altos, canta con todas sus fuerzas.

¿Quién le ha encomendado al gallo la misión de anunciar el día?

¿Quién le ha dicho que él debe despertar a los animales y a los hombres, en cuanto el sol asoma?

La noche parece estar destinada al descanso; el día invita a la labor. Por eso resulta extraordinaria la función que desempeña el gallo, que

con su canto despierta a todos, para que inicien temprano la tarea diaria.

El canto del gallo no es oído por los holgazanes; sólo las personas laboriosas lo escuchan agradecidas, esas que cada mañana, al levantarse, piensan: “Comenzamos un nuevo día: que sea fecunda nuestra tarea y bienhechora nuestra acción”.



LA CARGA

Por el camino carretero pasa todas las mañanas una chata, arrastrada por cuatro vigorosos caballos.

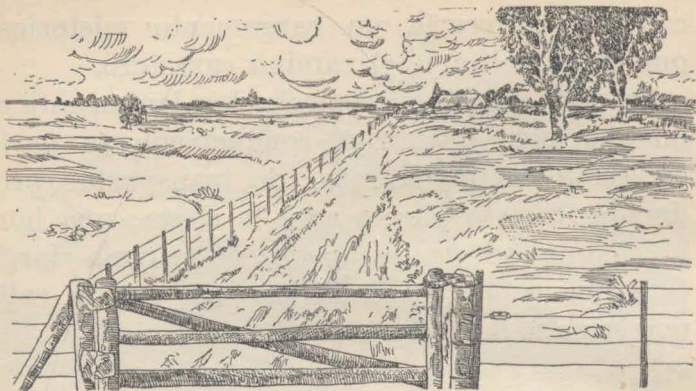
Excesivamente cargada, avanza con lentitud, llevada por el impulso de los cuatro animales, cuyo esfuerzo se advierte en la contracción violenta de sus poderosos músculos.

Sobre el cielo de las mañanas frías, la enorme carga se recorta como una parva que camina.

El conductor apenas se divisa, y si no fuera por el látigo, que de tanto en tanto hace oír su chasquido para avivar el esfuerzo de los

caballos, parecería un cargamento misterioso que cruza solitario el camino carretero.

Se diría que lo que marcha tan lentamente es una hormiga monstruo, conduciendo su parte en esa interminable labor de transportar productos. Sí, eso parece aquella chata: una hormiga que se ha escapado de alguna larga caravana, y que va como perdida por la calle polvorienta.



EL GALPON

El establecimiento de campo que visito con frecuencia, se halla a dos horas de viaje de la capital.

En la estación me espera el viejo coche de la estancia.

Al trote regular de los caballos, emprendemos la marcha. Nuestra dirección está marcada por la huella de carros y coches.

Cuando nos acercamos al establecimiento, divisamos la silueta de uno de los galpones de la estancia.

Ese galpón desempeña una función original: guarda las cosas viejas, todo lo herrumbrado,

lo destruído, lo inutilizado, hasta que se le da otro destino.

Arados rotos, palas y picos deteriorados, infinidad de instrumentos de labranza oxidados, carretillas destartalladas, un coche sin ruedas...

Yo contemplé esas cosas con un poco de piedad, porque todas ellas, inútiles ya, cubiertas por el polvo, fueron un día herramientas nobles que, manejadas por manos hábiles, prestaron importantes servicios.

No hay que olvidar la ayuda que nos proporcionan las cosas. Ellas no sienten nuestro reconocimiento, pero parecen recordarnos a cada instante que nos ahorran fatigas y molestias.

PUESTA DE SOL

Va avanzando la tarde. Flores silvestres ocultas entre la hierba, perfuman el ambiente. Una brisa ligera trae el suave rumor de los campos.

Allá, en la lejanía, está el disco anaranjado del sol, tiñendo el cielo y las nubes con admirables fulgores.

Va avanzando la tarde.

Y el sol, al ocultarse, parece que se deshiciere en una llamarada que transforma el horizonte en una hoguera de maravillosos efectos.

¿Quién de vosotros no se ha sentido admirado ante una puesta de sol?

Es uno de los espectáculos interesantes que nos brinda la naturaleza.

Acostúmbrate a contemplarlos, y sentirás que tú también eres capaz de comprender la belleza que encierran.

EL PAN

(ADAPTACIÓN) .

Han tocado las campanas
llamando a misa... Din, Dan;
y en el horno brilla el fuego

Din... Dan...

Inclinado hacia el suelo fué un día
el labriego, marchando a compás
del arado, que a trechos abría
de la tierra la entraña feraz.

Y en el surco que la ancha cuchilla
como herida dejaba, arrojó
con cuidado la rubia semilla
que más tarde lozana brotó.

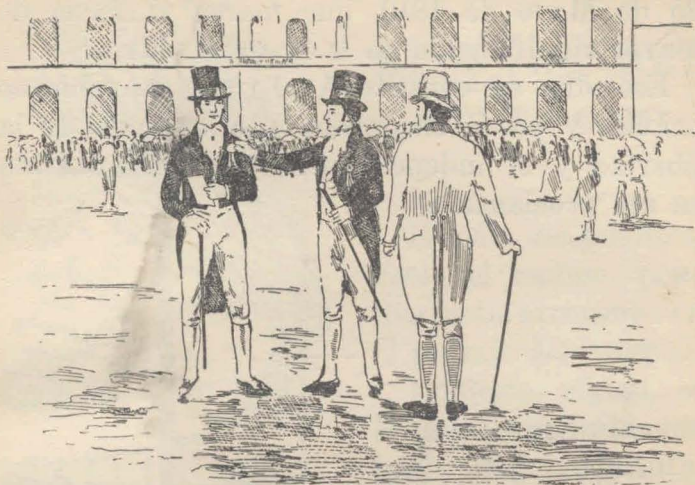
En sabrosas harinas trocado
cada grano las muelas nos dan... .

es el sol hecho mies que ha bajado
a ofrecernos su gloria en el pan.

Envueltos en blanca harina
no demos punto al afán,
que el rico y el pobre esperan
el oro tibio del pan...

Din... Dan...

LOLA S. B. DE BOURGUET.



LA SEMANA DE MAYO

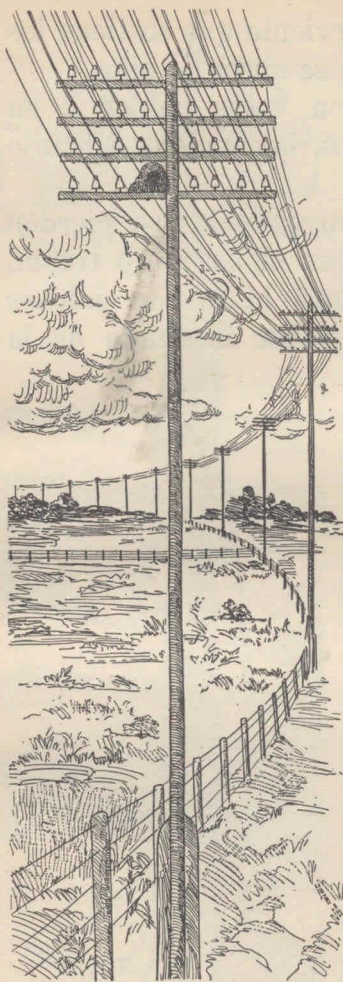
Entre las páginas heroicas y brillantes de nuestra Historia, hay una que puede escribirse en letras de oro.

Esa página será imborrable, porque en ella se relata un acontecimiento cuyo recuerdo vivirá por siempre en la memoria de los argentinos.

Ese acontecimiento es la Revolución de Mayo, cuyos principales episodios tuvieron lugar en el breve término de una semana. Una semana gloriosa, sin duda, fué aquella, cerrada el día

25 de Mayo de 1810, que marca la fecha de mayor significación en la historia patria.

Ese día se constituyó el primer gobierno criollo, y en él encontramos el germen de la libertad y la independencia que no tardarían en ser proclamadas.



EL PALO DEL TELÉFONO

El palo del teléfono, como el molino, pone una nota atrayente en el paisaje del campo.

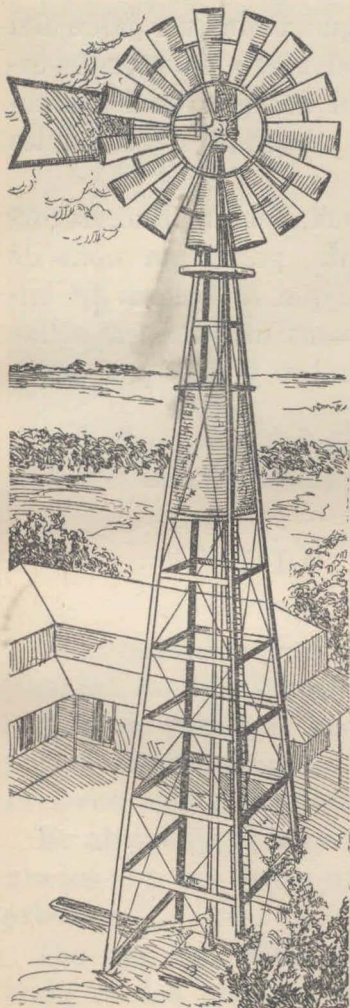
Enhiesto, rígido, se levanta verticalmente hasta regular altura, cruzado en su parte superior por algunos travesaños, donde se destacan puntos blancos, los aisladores de porcelana, sobre los cuales se tienden y aseguran los hilos de la línea telefónica.

En el silencio del campo, la presencia del palo del teléfono es singularmente llamativa. Por los hilos vuelan las palabras, y entonces

aquel semeja un mudo sirviente que sostiene los hilos para que el hombre se sirva de ellos.

El viento se permite a veces hablar a su manera en los hilos tensos, haciéndolos silbar o gemir.

Una línea telefónica cuyos palos se pierden a la distancia, penetran en el bosque o trepan la montaña, es como una hilera de jalones destinados a marcar el poder ilimitado de la inteligencia del hombre.



EL MOLINO

Desde lejos se divisa el molino, que recorta su silueta sobre el fondo del cielo. Visto así, el molino constituye una verdadera decoración en el paisaje campesino.

Ya conocéis su forma característica, con la rueda de aspas y la veleta, que coloca a aquélla frente al viento.

El molino desalojó al pozo, arrojando en el silencio a la roldana y aquietando para siempre al balde movedizo.

En el campo, el

molino no es solamente un grato motivo para fijar la vista; es, más que nada, un jalón del progreso. Hace posible el riego en grande escala, asegura la provisión de agua en los abrevaderos y la salud de las personas, ofreciéndoles agua libre de peligros.

Tal vez por eso la silueta del molino, recor-tándose sobre el horizonte, pone una nota de belleza en el campo, ya que la belleza se encuentra también en las cosas útiles, en aquellas que trabajan como el hombre y a la par de él.



DIA GRIS

Día nublado, uno de esos días de cielo plumizo, de aire húmedo.

Por los caminos, las hojas secas, removidas por el viento, parecen anunciar la llegada del invierno con el continuo rumor que producen.

Es atrayente el aspecto de los caminos alfombrados con las hojas amarillas que caen de los árboles.

Día sin sol. Hay una tonalidad gris en el cielo, en las plantas, en la tierra.

Ya no hay cantos de pájaros ni vuelo apresurado de mariposas ni esa alegría característica de los días de verano. La naturaleza parece adormecerse, después de esa fiesta de luz, perfumes y rumores que todos los años la renueva.

Hermoso día gris, para reposo de nuestra mente.



LA FOGATA

Los chicos del barrio están alborotados. Es la noche en que tienen que encender en medio de la calle una gran fogata.

Todo está preparado: trozos de madera, paja, papeles viejos, ramas, barricas destrozadas, etcétera.

Uno de los mayores es el encargado de dirigir la tarea.

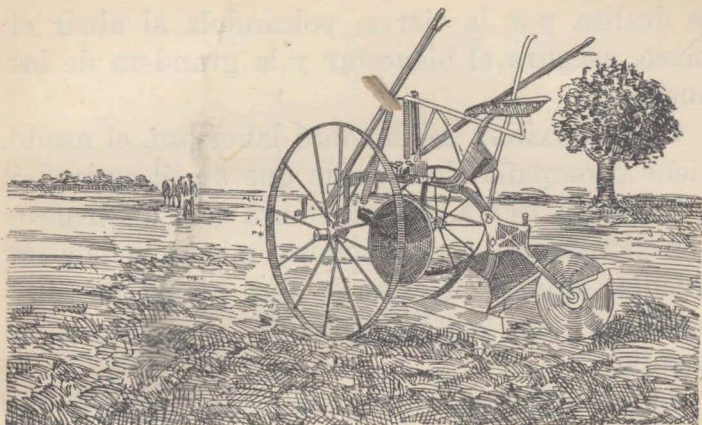
Comienzan por dar fuego a los papeles, el que rápidamente se transmite a la madera.

Los chicos bailan de alegría en torno de la

hoguera. Saltan algunas chispas; la llamarada aumenta. En poco tiempo alcanza su apogeo, y un resplandor rojizo sube al cielo oscuro de la noche.

Las caras de los niños que danzan alrededor de la fogata reflejan la luz de la hoguera. Los ojos brillan de alegría.

Vista desde lejos, la fogata parece una misteriosa escena de cuentos infantiles; una enorme llama en torno de la cual giran, como sombras de caras rojizas, los niños alegres del barrio.



EL ARADO

Entre todos los instrumentos de trabajo, el arado se destaca con caracteres inconfundibles.

El realiza la más humilde y a la vez la más importante de todas las tareas: humilde por su sencillez; importante, porque su trabajo engendra el pan.

El arado es así una herramienta noble, poderosa y, por ello, admirable.

El hierro pulido por el trabajo, brillante al sol, que forma la reja del arado, es más simpático que el hierro oxidado en la ociosidad, y más útil que el acero de los cañones. Cuando

se desliza por la tierra, volcándola al abrir el surco, asegura el bienestar y la grandeza de los pueblos.

Como auxiliar del hombre laborioso, el arado viene acompañándolo desde que aquél aprendió a labrar la tierra. Entonces era sólo un tronco, que arrastrado por el hombre mismo, o por un caballo, dejaba en el suelo una huella no muy profunda, en la que había de depositarse la semilla.

El sencillo arado es eso; una herramienta irreemplazable.

E L O M B U

(ADAPTACIÓN)

Cada comarca en la tierra
tiene un rasgo prominente:
el Brasil, su sol ardiente;
minas de plata el Perú;
Montevideo, su cerro;
Buenos Aires — patria hermosa —
tiene su pampa grandiosa;
la pampa tiene el Ombú.

Esa llanura extendida,
inmenso piélago verde
donde la vista se pierde
sin tener donde posar,
es la pampa, misteriosa
todavía para el hombre,
que a una raza da su nombre
que nadie pudo domar.

No hay allí bosques frondosos,
pero alguna vez asoma
en la cumbre de la loma
que se alcanza a divisar,
el Ombú, solemne, aislado,
de gallarda, airosa planta,
que a las nubes se levanta
como faro de aquel mar.

¡El Ombú! — Ninguno sabe
en qué timpo ni qué mano
en el centro de aquel llano
su semilla derramó.
Mas, su tronco tan nudoso,
su corteza tan roída,
bien indican que su vida
cien inviernos resistió.

Puesto en medio del desierto,
el Ombú, como un amigo,
presta a todos el abrigo
de sus ramas con amor:
hace techo de sus hojas,
que no filtra el aguacero,
y a su sombra el sol de enero
templa el rayo abrasador.

Cual museo de la pampa
muchas razas él cobija;
la rastrera lagartija
hace cuevas a su pie;
todo pájaro hace nido
del gigante en la cabeza,
y un enjambre en su corteza
de insectos varios se ve.

LUIS L. DOMÍNGUEZ.



LA NOCHE

Un manto de sombras cubre las cosas, los campos, las ciudades. Pareciera que un extraño pintor hubiera teñido con hollín todos los objetos...

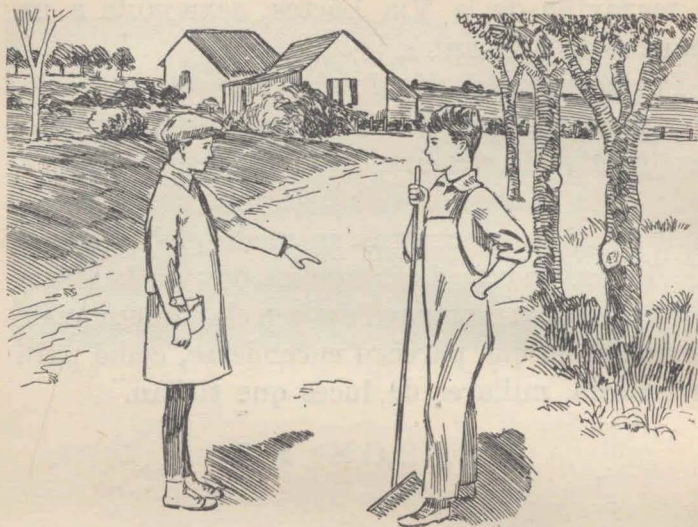
Oscuridad, sombras, penumbras; resplandores rojizos de los faroles, y lampos amarillentos de las luces eléctricas: tal es una parte del espectáculo, en la noche que nos rodea.

Pero la noche tiene una belleza inimitable: el cielo.

Azulado y profundo, cubierto de estrellas y adornado con esos incontables puntos luminosos, el cielo de la noche ofrece a nuestras miradas

la maravilla de la Vía Láctea, semejante a un reguero de diamantes.

Por ser un espectáculo que se repite a diario, no sabemos estimarlo. Acostúmbrate a levantar tus miradas de vez en cuando. Te sentirás admirado ante la grandiosidad de una noche estrellada; y si te encuentras en medio del campo o en el mar, podrás decir que no hay en la tierra belleza alguna comparable con la de un cielo sereno, en el que parecen encenderse, como para una fiesta, millares de luces que titilan.



UN JOVEN MODELO

—¿Quién plantó esos árboles en el jardín?

—Los planté yo — contesta Guillermo, sonriente y satisfecho.

—¿Y quién los riega todos los días?

—Yo los riego — dijo Guillermo.

—¿Quién los defiende de las hormigas?

—Soy yo el que se encarga de ese trabajo.

—¿Quién mantiene el césped siempre recor-

tado, los canteros limpios, las plantas libres de hojas secas?

Y Guillermo, con gran satisfacción, respondía:

—Soy yo.

—¿Quién arregla las macetas, quién cuida las flores, quién da de comer a los pájaros?

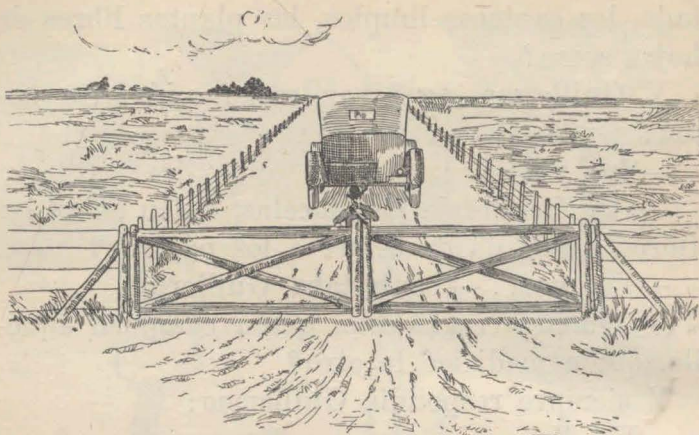
—Yo, yo... —contestaba Guillermo.

—¿Quién arregló esto, quién compuso aquello, quién modificó lo otro?

Y siempre respondía Guillermo:

—Yo, Yo...

Guillermo era realmente un joven modelo. Todo lo hacía con voluntad, con satisfacción, con alegría. ¡Dichoso Guillermo!



LA TRANQUERA

Cuando el automóvil llega al lugar en que el camino de la estancia se une con la carretera, detiene su marcha. No se puede seguir. Para hacerlo es necesario abrir la tranquera.

La tranquera es en el campo como la puerta de calle en las casas de la ciudad.

Esta tranquera de que os hablo es como una puerta de dos hojas. Cada una gira sobre los viejos goznes colocados en el poste que le sirve de sostén.

Forman cada parte de la tranquera, cuatro

listones en rectángulo, con dos cruzados en medio.

Está pintada de blanco, pero la pintura, por efecto del tiempo, se ha descascarado, dando a la madera un raro aspecto.

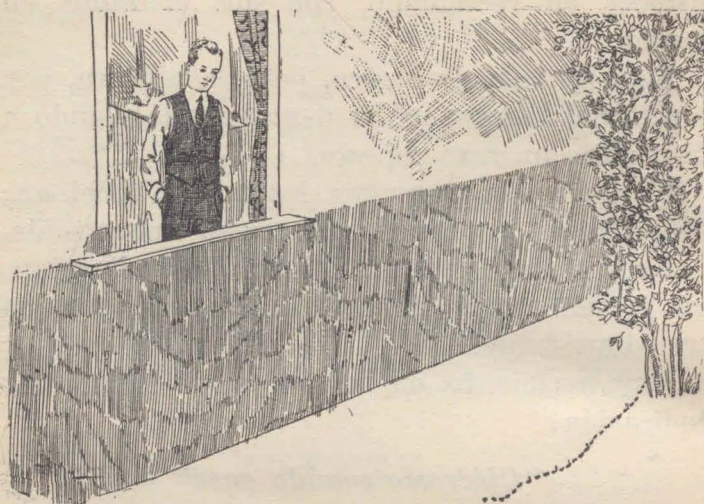
Al abrirse la tranquera los goznes rechinan; el automóvil pasa; luego se cierra nuevamente.

En la tranquera muere el camino de la estancia y comienza la calle por donde todos pueden transitar.

Hay tranqueras en las que suele leerse esta indicación:

“Ciérreme cuando pase”

Es una advertencia para los descuidados, que después de servirse de ella podrían dejarla abierta, dejando escapar a los animales de la estancia.



LABORIOSAS HORMIGAS

Desde mi ventana, bajo la sombra de una tupida enredadera, estoy viendo pasar una larga hilera de hormigas.

Bien sé que las hormigas causan grandes daños en jardines y huertas; pero no puedo dejar de admirar su extraordinaria laboriosidad.

Las hormigas son animales previsores; no buscan solamente el alimento para el día, sino que almacenan en sus despensas grandes pro-

visiones para las crías y para las épocas de escasez.

Todas las hormigas de esta caravana van cargadas con trozos de hojas o ramas.

Con mi pie podría haber destruído cientos de ellas, por el mal que hacen; pero me he quedado pensando en su laboriosidad y en su disciplina.

Mañana, a la hora en que están refugiadas en su vivienda, el viejo jardinero las exterminará con su máquina.



EL POZO

El pozo está abandonado. Ya nadie se acerca a él; nadie busca el agua de su entraña para apagar la sed; ya no baja el viejo balde; ya no canta la roldana.

Es que el agua del pozo es peligrosa; puede estar contaminada y llevar, a quien la bebe, alguna grave enfermedad.

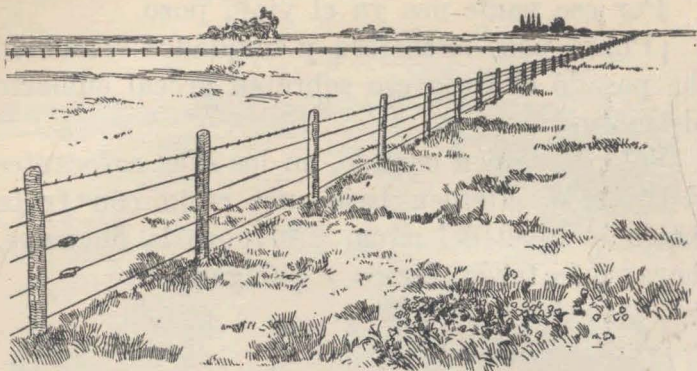
A cien metros del viejo pozo se levanta la esbelta silueta del molino, con su rueda de aspas.

El molino arranca el agua desde capas muy profundas de la tierra; y es agua pura, libre de toda contaminación.

Por eso nadie usa ya el viejo pozo.

¡Pobre pozo silencioso y olvidado! También ha pasado el Progreso sobre su brocal cubierto de musgo.

Sólo de vez en cuando, en los días sofocantes del verano, alguien baja una cesta con fruta hasta el nivel del agua, y el pozo la devuelve, horas más tarde, fresca y halagadora.



EL ALAMBRADO

Una sucesión de postes que parece interminable, y, tendidos sobre ellos, cinco hilos de alambre.

El alambrado rodea los campos, señala sus fronteras. Su misión es indicar los límites de la extensión que corresponde a cada propietario.

De esa manera el alambrado pone orden en la propiedad. Por otra parte, impide la invasión y salida de los animales, determina los caminos que han de utilizarse para el tránsito de vehículos, y sirve para subdividir el campo, según las necesidades a que se lo destina.

Por lo general, el hilo superior del alambrado

está provisto de agudas púas, con lo que se aleja a los animales, que, de otro modo, lo destruirían al tratar de pasar sobre él.

El alambrado contribuye al cuidado de la propiedad, como lo haría la mirada vigilante del amo, que en todo instante vela por las cosas de su pertenencia.



LA MORAL DE UN NIÑO

Hace muchos años, el presidente de los Estados Unidos, recibió la siguiente carta, enviada por un niño:

“Excelentísimo señor Presidente:

“Le escribo para confesarle algo que atormenta mi conciencia. Hace cierto tiempo utilicé en cartas mías dos estampillas de correo que ya habían sido usadas. En ese entonces no me di cuenta de que cometía un delito; pero constantemente pienso en lo que he hecho y no puedo tener tranquilidad. ¿Quiere perdonarme, Señor Presidente? Nunca repetiré una falta semejante. Cuando lo hice tenía sólo doce años, y

estoy arrepentido. Le mando el valor de las estampillas.”

Se recuerda que el presidente de la República contestó esa carta, diciendo al niño que deseaba que todos los chicos norteamericanos fueran honrados como él, porque así serían los futuros ciudadanos, para mayor grandeza y felicidad de su patria.

FLORCITA DEL AIRE

Florcita de mi cielo,
suave y humilde,
Florcita de aire
que en una tierna carta
esta mañana
me envió mi madre.

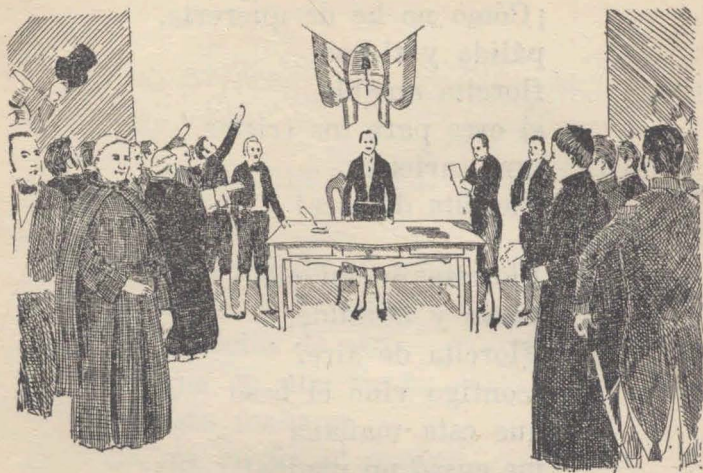
Crecida en la rugosa
vieja corteza
de una Araucaria,
sólo pidió a las nubes
para su cáliz
un poco de agua.

Ella, cual los poetas,
—otras humildes
flores del aire—
vivió pidiendo al cielo
lo que la tierra
no puede darle.

¡Cómo no he de quererte,
pálida y tierna
florcita amable,
si eres para los tristes
una caricia,
Florcita de aire!

Florcita de mi cielo,
suave y humilde,
Florcita de aire,
¡contigo vino el beso
que esta mañana
me envió mi madre!...

MIGUEL A. CAMINO.



EL CONGRESO DE TUCUMAN

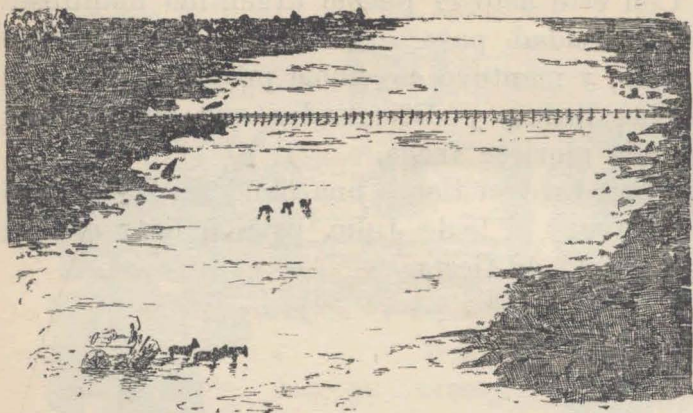
Con el glorioso 25 de Mayo de 1810, los argentinos veneramos otro día memorable: el 9 de Julio de 1816.

Fué en esa fecha cuando, en la ciudad de Tucumán, reunidos los representantes de las provincias argentinas en una casa rústica, cuya fachada todos conocemos, proclamaron la independencia de la Nación Argentina.

Movidos por la emoción y el patriotismo, los diputados allí presentes juraron mantener a toda costa la libertad conquistada.

Con este acto el pueblo argentino manifestó su capacidad para organizarse con gobierno propio, y mantuvo ese noble propósito a través de las luchas y dificultades que siguieron a aquella gloriosa fecha.

Si en tu casa tienes una bandera,ízala el 25 de Mayo y el 9 de Julio, para indicar que tu hogar está de fiesta.



LA LAGUNA

Las aguas del arroyo corren incesantemente, rumoreando una canción monótona; las de la laguna, en cambio, son aguas quietas.

En su límpida superficie las cosas se reflejan con nitidez.

Del otro lado de la vía del tren, lejos de la estancia, hay una laguna. No es muy grande. Está situada en medio de una extensión de tierra sin labrar.

El cielo azulado se pinta fielmente en las aguas de la laguna.

Y así, en medio del campo grisáceo, parece

la laguna un trozo de cielo o un espejo de superficie tersa.

Lástima que, de tanto en tanto, los perros vagabundos de los alrededores se sumergen en ella, y con el lodo que remueven enturbian las aguas antes tranquilas.

En aquellos pueblos donde existe una laguna, los chicos tienen un motivo permanente para organizar excursiones, y al regresar, satisfechos y alegres, parece como si trajesen en sus ojos un poco de la suave quietud de sus aguas serenas.



EL PINTOR

Con su caja de colores, sus pinceles, su caballete y sus telas, el pintor va en busca de paisajes.

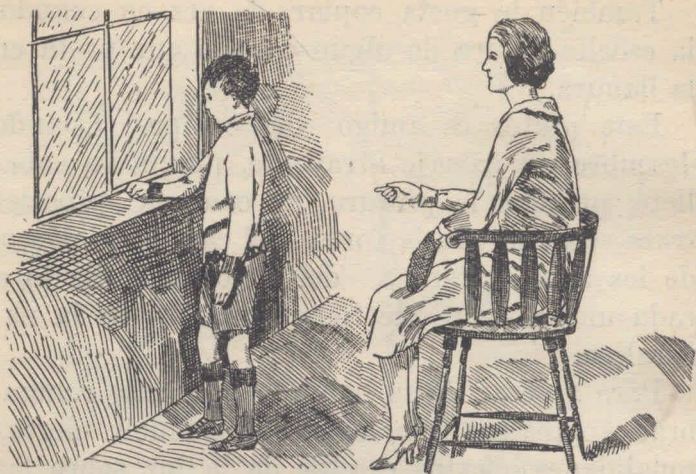
Es un artista que sabe sorprender aspectos interesantes de la naturaleza, para reproducirlos en los cuadros que pinta.

Le agradan los sauces llorones que dejan caer sus ramas en el arroyo; los caminos de acacias, las retamas con sus flores amarillas y los durazneros y naranjos en flor.

También le gusta copiar, de vez en cuando, la esbelta figura de algún caballo que pasta en la llanura.

Este pintor es amigo del campo. Cuando descubre un paisaje atrayente, planta su caballete, prepara la pintura, y con sus pinceles traza sobre la tela la forma del camino violáceo, de los árboles verdes, del cielo azul, dando a cada uno el tono que tiene por obra de la naturaleza.

Pero a pesar de su habilidad, los más renombrados pintores no logran reproducir ciertas tonalidades, ciertos efectos de la luz sobre las cosas. En eso la naturaleza, como un artista misterioso, se muestra superior a la inteligencia de los grandes hombres.



LA PROMESA DE ALBERTITO

—¡Qué lluvia molesta!—decía Albertito, lleno de impaciencia.—Por ella no podremos salir hoy. Hacía más de un mes que no llovía... ¿por qué el tiempo no habrá esperado a que nosotros regresáramos?

La mamá, que le oía, le dijo:

—Para ti, que tenías interés en realizar un paseo, esta lluvia te resulta un inconveniente; pero debes pensar que los agricultores han estado esperándola para salvar sus sembrados.

—Bueno; pero a mí esta lluvia no me beneficia, porque yo no tengo sembrados.

—Te equivocas. Un año de malas cosechas, de sequía, significa la falta de frutas, de verduras, de cereales; la vida de todos se hace más difícil por la escasez y la carestía; los padres limitan sus gastos porque habrán de guardar algún dinero; los chicos se encuentran con que no hay cómo comprar juguetes, chocolatinos y zapatos, ni cómo ir al circo, al parque o al cine, y...

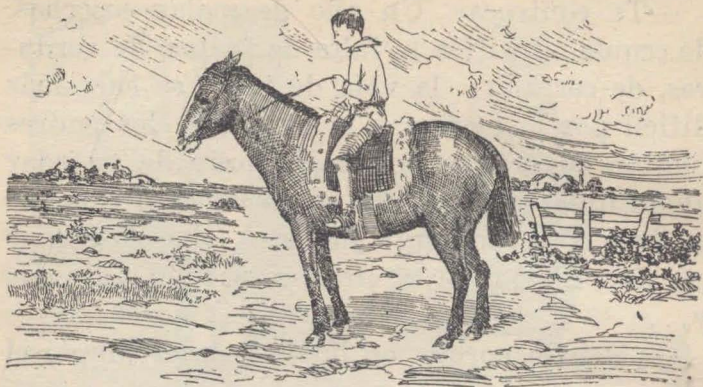
—¿Y todo porque no llovía?—interrumpió el niño.

—Así es, en efecto.

—¿Nunca lo habría imaginado!

—¡Claro! Tenemos la mala costumbre de no imaginar los perjuicios de los demás, y sólo pensamos en nuestro beneficio, olvidando que ese beneficio suele ser la obra de los esfuerzos reunidos de todos los que trabajan.

—En adelante lo pensaré así—dijo el chico— aunque me quede sin paseos y sin chocolatinos.



EL PETISO

En la estancia hay un petiso alazán, regordete y dócil. Está destinado a los chicos.

Cabalgando en él, hacen grandes paseos por los caminos de los alrededores.

Es un noble caballito manso, amigo de las caricias y de los terrones de azúcar.

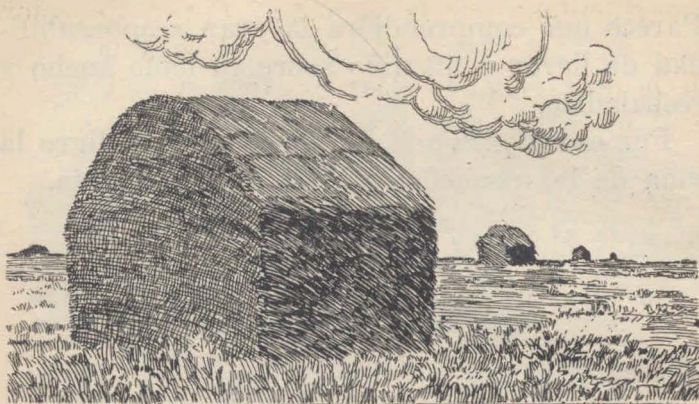
Cuando los niños se agrupan a su lado, parece que se estremeciera de gozo y de orgullo.

El ya conoce a los chicos de la estancia; es como un amigo de todos ellos.

Al trotecito o al galope, anda por las calles del pueblo rebotante de alegría con sus jinetes.

Parece que comprendiera la gran responsabilidad de llevar a un niño sobre su lomo ancho y resbaladizo.

Por eso pienso que con él no corre peligro la vida de los pequeños jinetes de la estancia.



L A S P A R V A S

Al caer la tarde hago un paseo por los alrededores de la estancia, llegando hasta el lugar en que se encuentran las parvas. ¡Qué original aspecto presentan a la vista!

Miradas desde lejos parecen animales gigantes, en actitud de inclinarse acechando sus presas.

De cerca, son prolijos amontonamientos de paja o de pasto, generalmente dispuestos en forma de un cono con la punta hacia arriba, o formando una especie de techo de rancho.

Las parvas me agradan por su coloración;

amarillentas por la mañana, tienen un color violáceo vistas a la distancia. Pero a la caída de la tarde, cuando el sol las toca con sus rayos casi horizontales, parecen enormes ovillos de hilos de oro.

Las parvas representan el trabajo y las fatigas de muchos días de labor y el alimento de reserva para los animales, que gracias a ellas no sienten la falta de pasto en las épocas de escasez. Por eso un incendio de parvas, o su destrucción por otras causas, produce, en quien presencia el desastre, un doble sentimiento de angustia.



EL TRIUNFADOR

El niño de quien hablaré en este capítulo, bien merece que lo recordemos.

Era un niño simpático, de ojos negros sombreados por largas pestañas.

Cursó sus estudios primarios en una escuela de pueblo, una de esas escuelas humildes, pero nobles por la acción bienhechora que realizan.

En esa escuela, el niño quiso ser el primero, y lo fué.

Más tarde, cuando ingresó en el Colegio Na-

cional, también se propuso ser el primero, y lo consiguió.

Luego inició sus estudios universitarios; hizo el propósito de ser el primero, y lo fué también.

Ese niño triunfaba porque se proponía conseguir el éxito, y en ese empeño se auxiliaba con su fuerte voluntad.

Como él, muchos triunfarían si alimentaran nobles aspiraciones y ese afán de progreso que se adquiere con la satisfacción de aprender.

ALGARROBO Y GRANITO

(ADAPTACION)

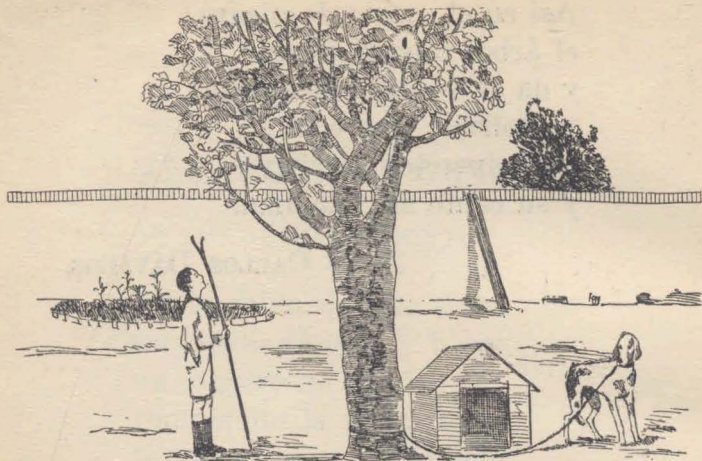
En la falda de este cerro
salpicado de ocre y hierro,
un Algarrobo torcido
rompiendo la peña dura,
tiende al aire enrarecido
su recia musculatura.

El forzado corazón
del árbol con la presión
de la piedra se empecina,
y como lágrimas mudas
lloran gotas de resina
las negras ramas desnudas.

Cuando retoñe el anciano
al bravo sol del verano,
mil abejas zumbarán
en cada florido amento
y en el aire azul pondrán
un áureo estremecimiento.

Así en el monte de piedra
el árbol salvaje medra
y da al desierto mezquino
su follaje, alegre tul,
a los insectos su vino
y su canto al cielo azul.

JUAN CARLOS DÁVALOS.



LA HIGUERA

En el fondo de la vieja casa está la higuera. Sus ramas retorcidas y entrecruzadas forman en el invierno una curiosa red.

La higuera es un árbol olvidado; nadie cuida de ella, ni parecen advertir su existencia.

Hasta se la calumnia, diciendo que su sombra es mala. Y no es cierto. Esa es una de las tantas preocupaciones que aun mantienen las personas ignorantes.

La única utilidad que parece prestar es la

de tener atada a su tronco la cadena del perro, el bravo guardián de la casa.

Pero en cuanto comienza a cargarse de frutos, la higuera pasa a ser algo importante, sobre todo para los chicos, que ya no la miran con indiferencia, a pesar del perro atado a su tronco.

Y la higuera que nadie cuidaba, la de la mala sombra, da higos generosamente.



LA CONVERSACION

No todas las personas saben conversar; conversar es un arte difícil. Por medio de la conversación aprendemos y nos educamos.

Un escritor ha dicho que “muchos han aprendido por la conversación la mitad de lo que saben”.

Son, por ello, muy provechosas las horas en que tenemos la suerte de conversar con personas más instruídas que nosotros.

Pero aun cuando en la conversación no adquiriésemos muchos conocimientos, siempre sería agradable practicarla.

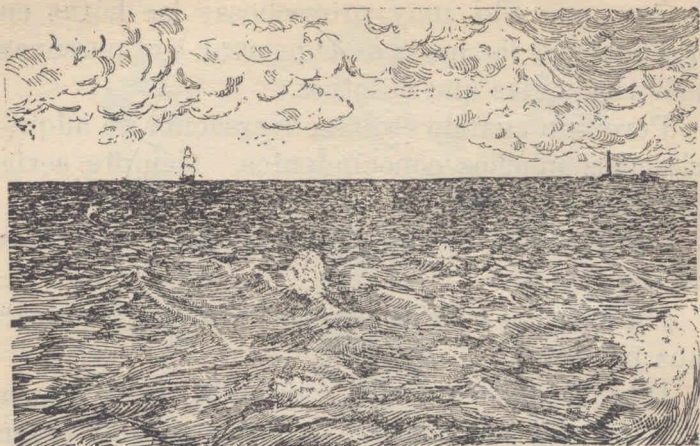
¿Es posible concebir a varios amigos reunidos en silencio?

¿Se concibe a dos personas juntas, sin cruzar una palabra?

Dice un libro que los requisitos de la buena conversación son cuatro: cuidar la verdad, tener buen juicio, poner buen humor y no malgastar el ingenio, pero usarlo con acierto.

Una conversación hecha de mentiras, de cosas insensatas, sin inteligencia y sin gracia, no es una conversación: es un desvarío.

Antes de conversar mal, es preferible permanecer en silencio.



EL MAR

Una de las maravillas de la naturaleza es, sin duda, el mar.

El hombre enmudece de asombro ante la inmensidad de su extensión y ante su grandiosa belleza.

El mar es como un monstruo de lomo arqueado, que hace piruetas con las olas, sometién-dolas a su capricho.

Iluminado por el sol, el mar produce efectos difíciles de describir; su color varía del azul

intenso al verde, y en lo alto de las olas encrespadas que levanta, se adorna con la blancura de la espuma.

Los antiguos temían al mar porque era para ellos lo desconocido. Se necesitaba audacia y valor a prueba, para afrontar la atrevida empresa de lanzarse en medio de las aguas en busca de aventuras.

Por eso las hazañas de los grandes navegantes nos asombran; y se recuerda con admiración los nombres de Colón, Magallanes, Vasco de Gama...

En débiles barcos, en pequeñas carabelas, se encaminaron hacia el misterio de los océanos, buscando nuevos mundos.

Admiremos a los navegantes primitivos que, con su audacia, más que con sus barcos, dominaron el monstruo.

EL MUSEO NACIONAL DE BELLAS ARTES

Frente a la Plaza San Martín, en cuyo centro se levanta la estatua ecuestre de nuestro Libertador, se halla ubicado el Museo Nacional de Bellas Artes.

Es un edificio hermoso, de frente multicolor. En él se guardan, como inapreciables tesoros de la cultura, cuadros y estatuas salidos de manos de artistas ilustres.

Pocas gentes visitan el Museo de Bellas Artes, tal vez porque la mayoría ignora su existencia, o porque suponen muchos que la contemplación de las obras artísticas ha de reservarse solamente a las personas ilustradas.

Lástima grande es que así ocurra, porque una visita a ese Museo tiene que dejar, necesariamente, gratísimas impresiones.

Al penetrar en su recinto, se siente una emoción rara, que parece aumentada por el silencio del lugar.

Los cuadros y las estatuas nos hablan con un lenguaje especial, haciéndonos comprender cuán admirable es la naturaleza y la inteligencia del hombre que sabe descubrir y representar sus bellezas.



LAS MONTAÑAS

Cuando por primera vez tuve la suerte de contemplar la cordillera de los Andes, experimenté una sensación de asombro y estupor.

Quien no la haya visto, no podrá imaginar su grandiosidad y su belleza.

Inmensas, interminables a lo lejos, las montañas se elevan hasta alcanzar considerables alturas.

Lo que más admira es, sin duda, su extraña coloración.

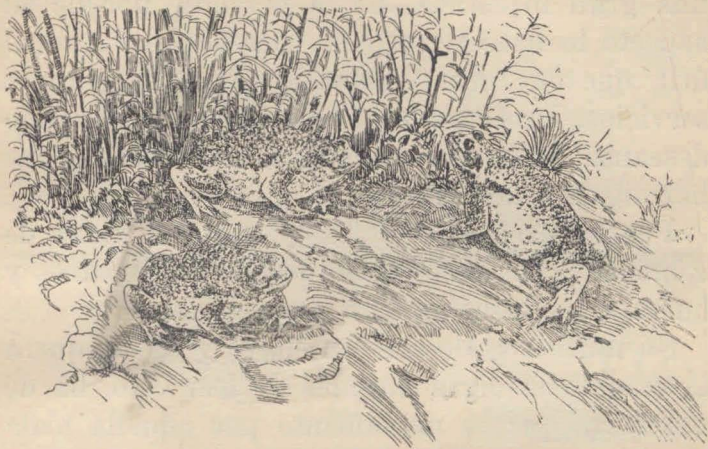
Todos los colores del arco iris se encuentran

allí. A cada rato aparecen tonalidades nuevas, matices insospechados.

Pero entre todos ellos predominan los tonos azulados y violáceos, que son los colores de las lejanías.

Por eso las partes muy elevadas parecen envueltas en ligeras y azuladas neblinas, apenas visibles, mientras las nieves perpetuas cubren los altos picos que el sol abrillanta.

El espíritu se maravilla en presencia de las inmensas montañas. Y se piensa en la desolación de esas rocas donde el silencio parece eterno, interrumpido apenas por el rumor de las tormentas.



MUSICOS DEL ATARDECER

En la hora del atardecer, cuando las cosas se tiñen con la débil luz del crepúsculo, músicos invisibles hacen oír una extraña sinfonía.

Es una orquesta que sólo toca una o dos notas.

¿Conoces a esos músicos misteriosos? Son los sapos, que despiden al día en sus últimos instantes.

Ocultos entre las hierbas húmedas, tocan sus dos notas, únicas, melancólicas.

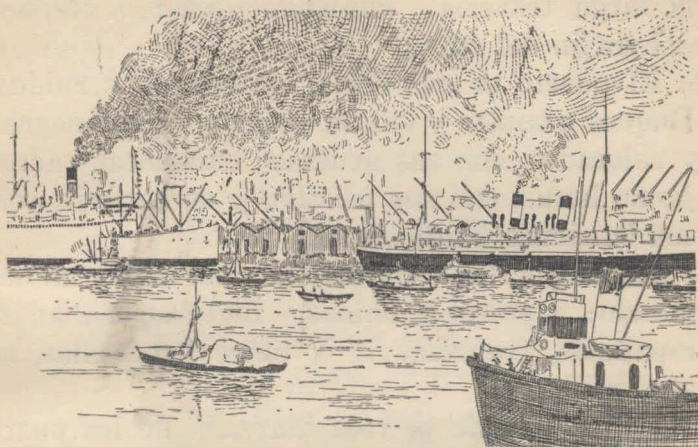
Pero el sapo no es solamente un músico monótono, aburridor; es también la víctima de

una gran injusticia. Se le persigue porque su aspecto lo hace repulsivo, pero es un animal útil, que en forma ignorada presta grandes servicios. Precisamente, toca su música cuando descansa de su persecución a las moscas, a las hormigas, a las babosas.

Penoso destino el del sapo, que a pesar de combatir a los bichos dañinos de los jardines y huertas, es injustamente perseguido.

Su música suele ser tan suave y triste, que a ti, cuando la oigas después de leer ésto, ha de parecerte que es un lamento por aquella mala suerte.

¿No merece, acaso, que le perdonen su fealdad, sabiendo que es el músico del atardecer?



EL PUERTO

Las grandes ciudades se levantan, por lo general, a orillas o en la proximidad de los ríos navegables.

De esa manera se mantienen en relación constante con otras ciudades y con otros países, porque los ríos son vías de comunicación.

Y allí donde el río pasa cerca de la ciudad, se construye un puerto.

El puerto es lugar de cita para todos los barcos de la tierra. Allí se detienen al terminar

la larga travesía, buscando descanso después del trajín del mar.

El puerto es una feria de colores y ruidos. Buques grandes y chicos, con sus cascos negros y colorados, con sus gruesas chimeneas arrojando humo, con sus mástiles y su cordaje, con sus banderas multicolores.

En el puerto flamean todas las banderas del mundo: japonesas, chinas, inglesas, italianas, españolas, francesas... Y entre todas ellas, la azul y blanca.

Es interesante la vida atareada de los puertos, hecha de ruidos de máquinas y grúas, de silbatos y voces, de rumor de cadenas y de golpes.

¿Quién, hallándose en el puerto, no hace en silencio el proyecto de algún fantástico viaje a lejanos países?

EL OLMO Y LA VID

“Mis vacilantes ramas
deja que apoye en ti”,
a un Olmo, su vecino,
dijo una pobre Vid.

“Soy una planta frágil
y si me quedo aquí
pasto seré de bueyes
y escarnio de un reptil”.

El árbol bondadoso
“Llega — le dijo — a mí.
Yo te daré mi apoyo
desventurada Vid”.

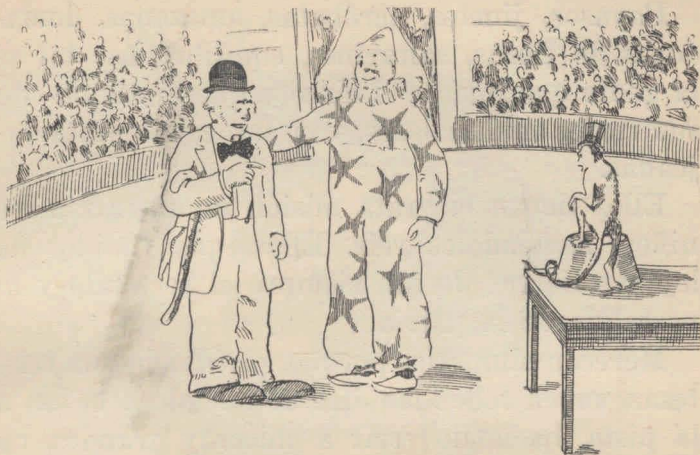
La planta al escucharle
a él se abrazó gentil.
Y el Olmo, desde entonces,
engalanado así,

fué amor de los pastores
y gala del jardín
y abrigo de las aves
y orgullo del abril.

Tan generoso ejemplo
siempre debéis seguir.
La caridad — ¡oh niños! —
halla su premio aquí.

La gratitud inmensa
que os tenga el infeliz
os cubrirá de flores
la senda del vivir.

JOSÉ ROSAS...



EL CIRCO

El circo es como el reino de la alegría, como un mundo de ilusión. Todo es allí color, luz, movimiento, piruetas, saltos mortales, equilibrio y gracia.

Los artistas del circo parecen de goma; caen al suelo y rebotan; los payasos reciben bofetadas y no sienten dolor; los acróbatas giran en el aire en forma impresionante; los jinetes hacen prodigios sobre los caballos, que, azuzados por una amazona, dan vueltas por la pista, infatigables y pacientes.

Payasos, jinetes, acróbatas, amazonas, domadores de fieras, saltarines, equilibristas: tal es la gente que puebla el circo y que lo anima con sus trajes multicolores, con sus caras pintarrajeadas.

Ellos tienen la grata misión de alegrar a los niños, haciéndolos reír. Ellos, que venidos de lejanas tierras, llevan siempre el recuerdo y la nostalgia de la patria.

Merecen simpatía, porque, olvidando sus tristezas, suben todos los días al tablado o bajan a la pista, haciendo reír a chicos y grandes, en todos los países del mundo.



LOS BARCOS

Nada más majestuoso que un barco navegando en alta mar.

El que haya tenido oportunidad de contemplarlo, comprenderá que pocos espectáculos pueden comparársele por su belleza.

Los que han viajado saben qué hondas emociones produce la presencia de un barco.

Los navíos nos traen el recuerdo de países lejanos, de pueblos raros, de ciudades hermosas, alguna vez visitadas.

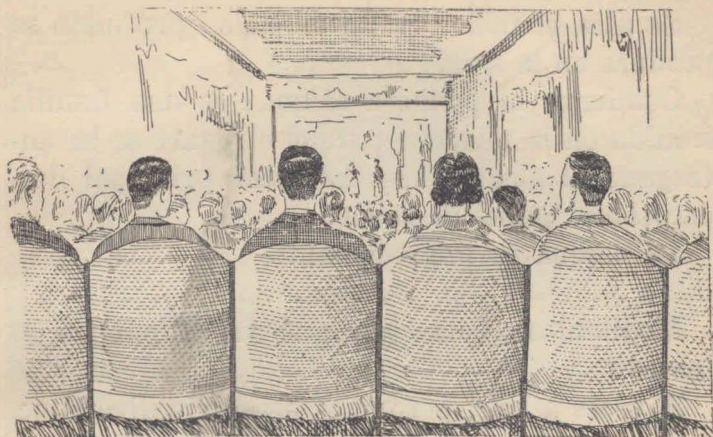
Un barco es un mundo pequeño, porque de

todo hay en él. La vida a bordo es deliciosa. Los personajes más interesantes en los barcos son, sin duda, los marineros.

Yo admiro a esos hombres fuertes, de piel tostada por el sol del trópico y curtida por los vientos del mar.

¡Viajeros de los océanos, incansables viajeros que van de puerto en puerto, llevando como un compañero inseparable, el recuerdo del hogar lejano, donde tal vez esperan la madre, la esposa, los hijos!

¡Hombres del mar, siempre risueños, siempre acariciados por el pensamiento del regreso!



EL TEATRO

Una entrada monumental; puertas anchas separadas por columnas. Un amplio vestíbulo; a un lado, las ventanillas de la boletería; a otro, una escalera de mármol que conduce al piso alto.

Después del vestíbulo, la gran sala, con los asientos numerados puestos en hileras; a ambos lados los palcos rebosan de público.

Va a comenzar la representación.

Los espectadores ocupan sus asientos; la orquesta hace oír sus acordes.

Se alza el telón, y un silencio profundo se produce en la sala.

Comienza la primera escena: es una familia sumida en la miseria, porque el padre se ha entregado al alcoholismo. El actor principal desempeña el papel de beodo.

La escena es impresionante.

.
Meditemos ahora: ¿A qué va el público al teatro?

A veces a reír, porque es necesario divertirse, para que luego resulte más grata la tarea que debemos realizar.

Otras veces no va a reír, sino a llorar, a impresionarse con escenas tomadas de la realidad. Pero en esos momentos aprende, porque el buen teatro es fuente de enseñanzas, semejante a un espejo que reflejase los hechos más notables, para servir de lección a quienes van a presentarlos.



EL CASERÍO

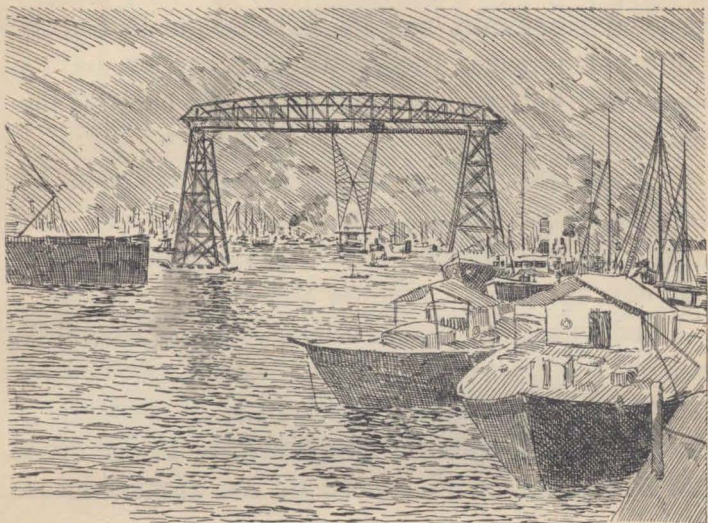
Viajando en el tren hemos visto muchas veces, perdido allá entre los árboles, el blanco caserío.

Son casas humildes, de techos bajos, de arquitectura modesta, cuyo único lujo consiste en la blancura con que relucen sus paredes al sol, y en la sombra, fresca y amable, de la arboleda que las circunda.

En el conjunto, el caserío ofrece un espectáculo grato a la vista del viajero, porque entre el verdor de los árboles, aquellas pequeñas y alegres viviendas parecen simples manchas de

color, con los puntos oscuros de sus puertas y ventanas.

Cada vez que paso por allí, en mi acostumbrado viaje ferroviario, dirijo mi mirada curiosa hacia el simpático caserío. Y envidio el aire, purificado por las plantas, que higieniza esos hogares sencillos, y el sol que calienta las habitaciones y derrama su luz en los patios, donde los mayores trabajan y los niños juegan en bulliciosa algazara, como bandadas de pájaros en la alegría de la primavera.



LOS BARCOS DEL RIACHUELO

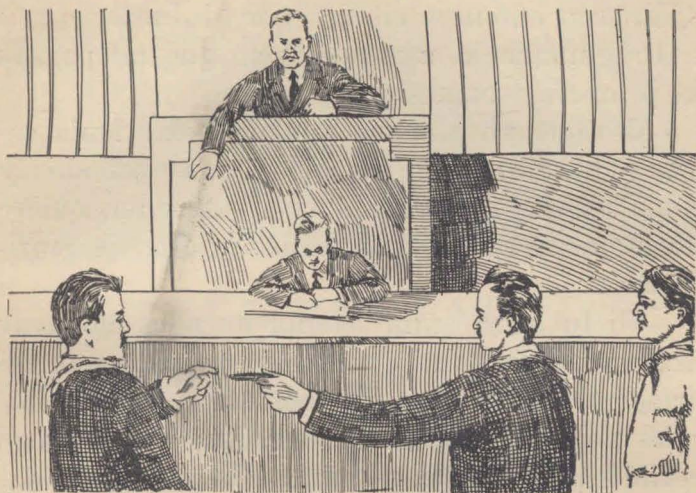
El riachuelo, que sirve de límite sud al territorio de la Capital con el de la provincia de Buenos Aires, es como una cinta arrojada caprichosamente y formando curvas, que parece adornar esa parte de la ciudad.

Aunque sus aguas no son claras, toman un aspecto azulado cuando el cielo limpio de nubes se refleja en ellas.

Pero lo que en verdad anima y hace pintoresco al riachuelo, son los barcos que lo cruzan o que permanecen anclados en sus orillas, barcos pequeños, veleros o vaporcitos, de colores llamativos y alegres.

Cuando las aguas tranquilas reproducen los colores de los barcos que descansan de sus largos viajes, parecen teñidas a largas pinceladas con los más variados tintes.

Puede decirse que el atractivo del riachuelo está en los colores que le dan sus barcos, siempre renovados en un constante ir y venir, y siempre iguales en ese conjunto de tonos vivos que se abriga en el reposo de los amarraderos.



HONRADEZ Y AVARICIA

Un labriego de Florencia, muy honrado, encontró cierta vez una bolsa con sesenta ducados, y, como es natural, deseó devolverla a su dueño.

Inmediatamente supo que un mercader muy rico, que tenía fama de deshonesto, había perdido una bolsa con una suma de dinero igual a aquélla, y que ofrecía diez ducados de gratificación al que se la restituyese.

El honrado labriego se presentó con la bolsa, pero el mercader, después de recibirla, no quiso darle los diez ducados de gratificación.

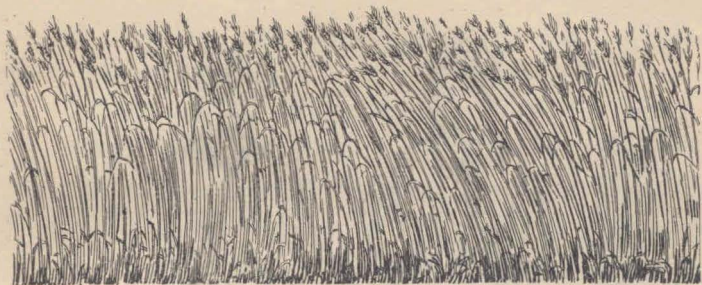
Fueron entonces citados por el Juez.

Preguntado el mercader por qué no pagaba lo prometido contestó:

—Porque yo anuncié que mi bolsa tenía sesenta ducados y en cambio tenía setenta; y como este labriego me devuelve sesenta, quiere decir que él ya se ha tomado los diez de gratificación.

—Si tu bolsa tenía setenta ducados en lugar de sesenta, la bolsa que ha encontrado este labriego no es la tuya. Devuélvesela, pues.

Y así fué como la honradez del labriego recibió un premio, mientras la avaricia del mercader era castigada.



EL TRIGAL

Conocéis, sin duda, esa gloria de los campos que se llama el trigal.

El trigal es magnífico. Movidó por el viento parece un mar de olas amarillas.

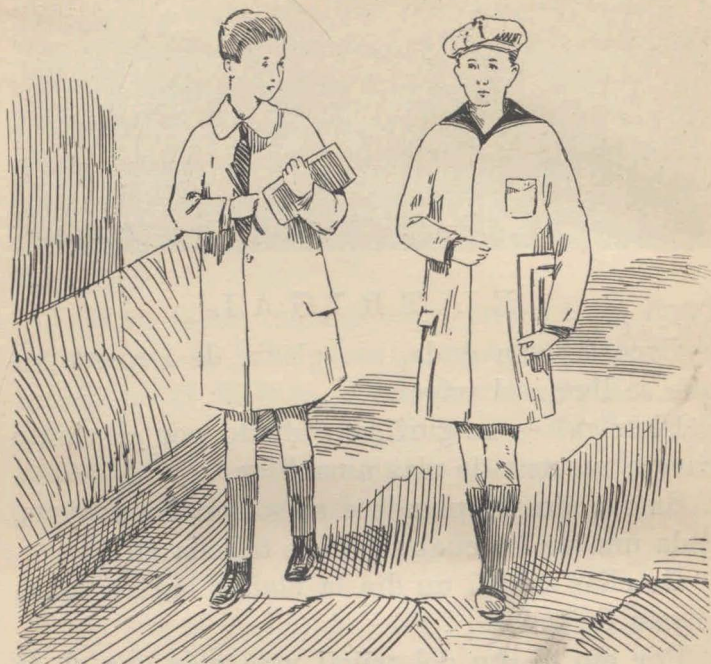
Su riqueza resplandece al sol en las espigas, cada una de las cuales parece tallada en oro.

De ellas saldrá un día la blanca harina, para el pan de todos.

Por eso el oro del trigal vale más que el de las joyas, porque contiene en madurez el rico alimento que la industria pondrá más tarde en manos del hombre.

Y vale más que el oro de las joyas, porque a diferencia de éste, llega hasta el hogar de los pobres por poco dinero.

Pocas veces el esfuerzo del hombre laborioso ha lucido con tanta gloria como cuando el oro de los trigales lo proclama bajo el sol.



LECCION MERECIDA

(1ª parte)

Roberto y Francisquito son vecinos y amigos, y, además, compañeros del mismo grado.

Todos los días salen juntos en dirección a la escuela.

Esa mañana, como de costumbre, se saludaron cariñosamente:

—Buen día, Francisquito.

—Buen día, Roberto.

—¿Hiciste el deber de ciencias naturales?

Esa pregunta nubló la vista a Francisquito.

—No tuve tiempo para hacerlo — contestó apenado.

—¡Yo tampoco!—dijo Roberto como aliviado, porque ya no era él solo el que había incurrido en esa falta.

—¿Y qué hacemos ahora?

—Francamente, no sé — respondió Roberto.

—¡Tengo una idea! — gritó Francisquito con aire triunfal.

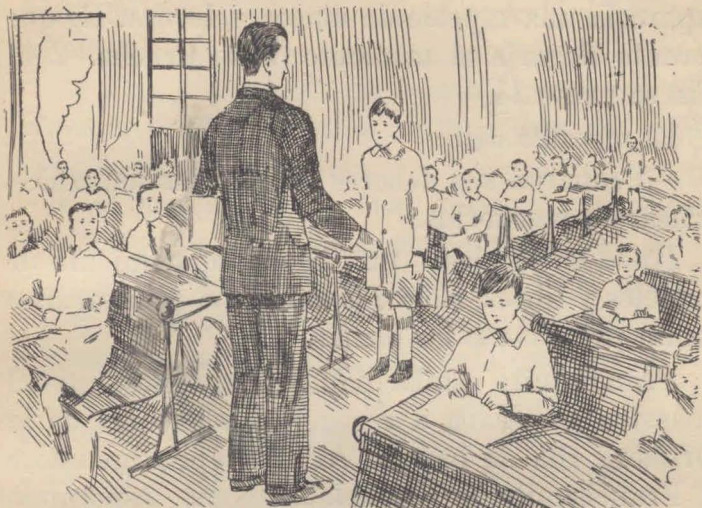
—Vamos a ver, ¿qué idea?

—Mira, haremos así: cuando el maestro pase por nuestros bancos, recogiendo los deberes, nosotros, con toda tranquilidad, sacaremos el cuaderno y haremos como que buscamos nuestro deber. Claro es que el deber no aparecerá en el cuaderno; entonces haremos un gesto como recordando que estaba dentro del libro, y buscaremos en él, pero tampoco aparecerá. Ahí comenzaremos a desesperarnos, volveremos a buscar una y otra vez, nos revisaremos los bolsillos; y el maestro, que es justo, se convencerá de que nos

hemos olvidado de traer nuestro deber o que lo hemos extraviado, y nos tendrá consideración. ¿Qué te parece?

—Me parece una idea gigantesca, Francisco — contestóle Roberto.

Y alegres, aunque sólo en apariencia, porque, en realidad estaban preocupados, siguieron el camino hacia la escuela.



LECCION MERECEIDA

(2ª parte)

Francisquito y Roberto llegaron a la escuela cinco minutos antes de la hora de entrada.

Cuando se hizo oír la campana, cada niño se dirigió a su puesto, y poco después los grados entraban a sus salones.

Los dos amigos, cada uno en su asiento, se miraban. Una extraña inquietud los mantenía serios, y aunque intentaban sonreír, sólo les

aparecía una especie de mueca dolorosa. Es que pronto llegaría el momento de la prueba. Y al fin se presentó.

El maestro dijo:

—Preparen sus deberes de ciencias naturales. Pasaré a recogerlos.

Hubo en la clase un ligero movimiento de papeles y libros. Sólo dos chicos no demostraron tanta prisa como los demás.

Francisquito estaba pálido, en tanto que el maestro empezaba a recoger los deberes de la primera fila de bancos. Así fué aproximándose a Francisquito, que temblaba como esperando que la tierra se abriera a sus pies.

—Francisquito, tu deber — requirió el maestro.

El muchacho levantó y bajó la tapa del pupitre; sacó el cuaderno precipitadamente, lo puso al revés, hizo correr las hojas; sacó después el libro, lo agitó en alto; en seguida buscó en su caja de útiles, y ya en el colmo de su torpeza, levantó un limpiaplumas de paño que estaba junto al tintero, para ver si allí se encontraba el maldito deber...

El profundo silencio de los demás alumnos y las miradas frías del maestro, acabaron por

confundir al chico, que no se atrevió a levantar la vista.

Al fin, y porque, en verdad, era un niño sincero, confesó aquella falta, que no había sabido disimular.

Y el maestro, que era justo, como dijera Francisquito, escuchó desde el fondo del salón, otra confesión análoga, la de Roberto, que ya no se sintió capaz de representar aquella farsa; y recién entonces habló, con palabra serena:

—Francisquito: por tu holgazanería de un momento has tenido que sufrir esta vergüenza ante tus compañeros. Sírdate de castigo y de lección, que, estoy seguro, no olvidarás nunca.

GERMINAL

Oculto en el corazón
de una pequeña semilla,
el germen de un árbol bello
en profunda paz dormía.

—“Despierta” — el calor le dijo.
—“Despierta” — dijo la lluvia.

El germen oyó el reclamo,
quiso ver lo que ocurría,
se puso vestido verde
y estiró el cuerpo hacia arriba.

De toda planta que nace,
esta es la historia sencilla.

M. F. JUNCOS.



EL ROSAL Y EL JARDIN

En medio del jardín, un rosal. Es la planta más vistosa, la preferida, la mejor cuidada, la predilecta.

Cuando las otras apenas han echado las hojas, el rosal da flores. Son rosas tempranas, de pétalos de seda, color encarnado y delicada fragancia.

El jardinero mantiene, como una consigna, la preocupación por prodigar al rosal los mayores cuidados.

Indudablemente, merece el rosal esa marcada preferencia, puesto que sobre las otras plantas tiene la ventaja de ofrecer tempranas flores, como una anticipación de la primavera. Pero, en verdad, ¿no es un tanto injusta esa predilec-

ción? ¿No hay, acaso, en el jardín otras plantas de flores delicadas, que aunque no pueden competir con las magníficas rosas, tienen, sin embargo, su particular encanto?

El jardinero, que es un hombre justo y que ama por igual a todas las flores que cultiva, reparte entre ellas sus atenciones porque sabe que cada una llega a ser hermosa a su tiempo. Y la admiración de las personas ante una flor, suele hacerles decir que no existe otra más bella que esa que tienen al alcance de su vista.



EL LEÑADOR

Paseando por el bosque he conocido a un leñador. Es un leñador verdadero, un hombre dedicado exclusivamente a cortar leña en el bosque solitario; no tiene otra ocupación.

Es un hombre de barba negra, que viste pobremente y que vive en una casa rústica, de paredes de barro y techo de paja.

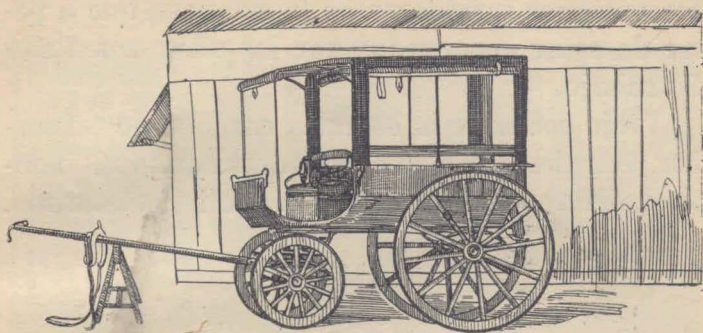
Apenas el sol se levanta, el leñador comienza su tarea.

No conoce otra música que el canto de los pájaros o el golpear del hacha en los troncos, ni otros lujos que el color y el perfume de las flores silvestres.

Su vida es sencilla y apacible, quizá un tanto misteriosa.

Durante largas semanas amontona leña en un rincón del bosque, y sólo de tarde en tarde, cuando de lejos llega un carro de pesadas ruedas para llevársela, aquel hombre silencioso cambia algunas palabras con uno de sus semejantes.

Luego el bosque callado y sombrío vuelve a quedarse con el leñador, y sólo el golpe del hacha y el cantar de los pájaros dicen que dentro de él hay un poco de vida.



EL COCHE DE LA ESTANCIA

El viejo coche de la estancia todavía presta servicios.

Tiene muchos años; ha hecho muchos viajes; ha cargado mucho polvo y mucho barro en sus múltiples idas y venidas.

Deteriorado y carcomido por el tiempo, totalmente descolorido por el viento y las lluvias, todavía presta servicios. Y sus ruedas apenas lo sostienen.

Cuando anda, cada barquinazo da la impresión de que va a desplomarse deshecho en pedazos.

Sin embargo, se mantiene firme, como si fuera más fuerte que su vejez. Parece uno de aque-

llos antiguos servidores de la estancia, que a pesar de estar encorvados por los años, son fieles al trabajo.

¡Viejo coche de la estancia cargado de recuerdos! Alguien diría que está desafiando al tiempo, indiferente a los estragos que le ha causado.



LA BIBLIOTECA

¡Qué admirable es una biblioteca!

Los hombres hablan de ella con veneración, como de algo sagrado.

Y, en efecto, la biblioteca es algo digno del mayor respeto; es una gran colección de libros colocados en largas filas, en muebles especiales.

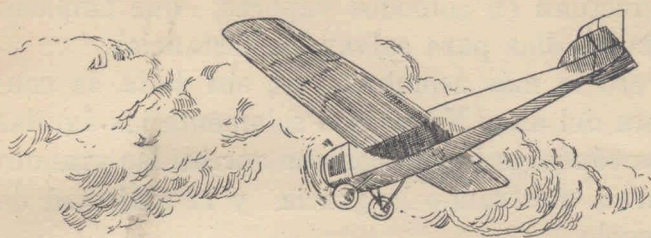
Y ya sabemos a qué debe llamarse libro.

Sólo merece ese nombre el que eleva las ideas, el que purifica nuestro corazón, el que tonifica nuestra voluntad, el que nos hace más alegres, más buenos, más fuertes, más honestos.

Un libro benéfico es aquel que nos hace com-

prender mejor la vida y amar las cosas que nos rodean.

La biblioteca contiene gran cantidad de libros seleccionados, que encierran lo mejor que produjo la inteligencia y el pensamiento de los que escriben para los demás.



EL AEROPLANO

El hombre ha ido conquistando poco a poco todos los dominios. Primero, la tierra; luego, el mar; por último, el aire.

Distancias enormes que requerían semanas y meses de viaje en carreta, se recorren hoy en corto tiempo, en trenes arrastrados por poderosas locomotoras o en elegantes y rápidos automóviles.

Las travesías por mar, que antes duraban largo tiempo y constituían casi una aventura,

se efectúan en cómodos vapores, que emplean contados días para salvar las distancias.

Pero lo más asombroso es, sin duda, la conquista del aire. Ya no son solamente las águilas y los cóndores los únicos que surcan las grandes alturas, mostrando la gracia y la majestad de su vuelo.

El aeroplano, poderosa ave mecánica, y el dirigible, navío del aire, de imponente apariencia, cruzan el océano y saltan por encima de las más altas cumbres del mundo, en vuelos sorprendentes.

La conquista del aire no podía faltar en el número de las más gloriosas que ha realizado el genio del hombre.

EL DESCUBRIMIENTO

Un pobre chico al que durante el año
no le vimos lucir un traje nuevo,
todos los días se quedaba en clase
mientras íbamos todos al recreo.

No era una penitencia
que se le había impuesto;
él estudiaba siempre sus lecciones
y le sabíamos bueno.

A su lado, la tierna señorita
quedábase un momento,
y nosotros, curiosos, intrigados,
hablábamos de aquello:
¿le enseñará problemas?
¿le dará algún consejo?

Y un día, con sigilo,
nos acercamos al salón, dispuestos
a descubrir la clave
de aquel hondo misterio...

Testigo es Dios, que al ver lo que pasaba
fué mi arrepentimiento
como una mano férrea que oprimiera
mi corazón ingenuo.

La señorita, rosa de ternuras,
dábale de comer al pequeñuelo
que venía a las clases casi siempre
sin probar alimento...

Nosotros lo ignorábamos, pero ella,
que conocía el dolor del compañero,
en cuyo hogar, muchas heladas noches,
no se encendía fuego,
todos los días le llevaba, oculto,
un panecillo fresco.

ISMAEL MOYA.



EL MAIZAL

En el linde de la huerta comienza el maizal, tan extenso que se pierde a la distancia.

El maizal ofrece a la vista un espectáculo muy interesante. La planta, de tallo enhiesto, adornada con largas hojas, sostiene las mazorcas, que en los días de la madurez aparecen engalanadas con el penacho de vistosos filamentos, que escapan por entre la apretada cubierta que protege los granos.

Los labradores han de contemplar con profundo regocijo el dilatado maizal, donde están sus afanes y sus esperanzas.

Los días de la cosecha les recompensarán luego de las rudas fatigas, cuando el cereal se vuelque de las máquinas como una cascada de granos de oro.

¡Granos de oro! Observad que la naturaleza parece haberse complacido en adoptar ese color, para distinguir a los más valiosos de sus productos, cuando, ya libres de las amenazas del tiempo, llegan al instante ansiado de la recolección.

S A T I S F A C C I O N

Nada satisface tanto como la propia obra.

Poder decir: “esto lo he hecho yo”, es un placer. Cualquier trabajo, sencillo o complicado: plantar un árbol, regar una planta, construir un mueble, hacer un deber escolar, estudiar con éxito una lección, es siempre motivo de complacencia para quien lo ejecuta.

Lo importante es hacerlo con las propias manos, sentir la alegría de ver cómo va triunfando el esfuerzo, hasta alcanzar su terminación.

He conocido un niño cuyo mayor placer consistía en decir: “yo hice este mueblecito que ustedes ven; yo corté la madera, la cepillé, armé el mueble, lo lustré. Y aquí está ahora, prestándome un gran servicio”.

Las manos del hombre, lo mismo que su inteligencia, sólo se ennoblecen cuando están en acción, sirviendo a un propósito de crear algo, por el trabajo y la buena voluntad.



INDICE

	Pág.
El optimismo de un gran argentino	5
Este libro	7
La siembra	8
El corazón de un niño	10
El canto de los pájaros	11
La obra	13
Ociosidad y trabajo	15
El manantial	18
La Rábida	20
El labriego	21
Amemos y respetemos los árboles	23
La mañana	25
La bandera argentina	27
La carretilla	29
La carreta	31
El tren	33
La tarde	35
La infancia	37
El jardinero	39
Los colores de mi bandera	41
Un ramo de flores	43
La regadera	45
Día de fiesta	47
La huerta	48
Calle de pueblo	50
Calle de ciudad	52
El escudo argentino	54
La naturaleza	56
El camino de casuarinas	58
El arroyo	60
Limosna	62
El puente	64
La fruta	66
El canto del gallo	68

La carga	70
El galpón	72
Puesta de sol	74
El pan	75
La semana de Mayo	77
El palo del teléfono	79
El molino	81
Día gris	83
La fogata	85
El arado	87
El ombú	89
La noche	92
Un joven modelo	94
La tranquera	96
Laboriosas hormigas	98
El pozo	100
El alambrado	102
La moral de un niño	104
Florcita del aire	106
El Congreso de Tucumán	108
La laguna	110
El pintor	112
La promesa de Albertito	114
El petiso	116
Las parvas	118
El triunfador	120
Algarrobo y granito	122
La higuera	124
La conversación	126
El mar	128
El Museo Nacional de Bellas Artes	130
Las montañas	131
Músicos del atardecer	133
El puerto	135
El olmo y la vid	137
El circo	139
Los barcos	141
El teatro	143
El caserío	145
Los barcos del Riachuelo	147
Honradez y avaricia	149
El trigal	151
Lección merecida (1ª parte)	152

	Pág.
Lección merecida (2ª parte)	155
Germinal	158
El rosal y el jardín	159
El leñador	161
El coche de la estancia	163
La biblioteca	165
El aeroplano	167
El descubrimiento	169
El maizal	171
Satisfacción	173



CONSEJO NACIONAL DE EDUCACION

ATUJA
STROS